

CAPÍTULO 3

LA PIROTECNIA, A LA LUZ DE LA PALABRA

Como se describió en el capítulo 1, actualmente existen algunos mecanismos que permiten estudiar la administración desde la literatura, este es el caso de la novela administrativa, propuesta por Dwight Waldo, en la que se describen sucesos que involucran la vida organizacional, que evidencian aspectos de la ciencia administrativa.

En relación con ello, tomando como guía la novela administrativa, se presentan en este apartado los relatos literarios contruidos a partir de la investigación realizada sobre la dinámica y la historia empresarial del sector pirotécnico del municipio de Guateque, Boyacá, los cuales poseen como pincel la literatura y como tinta los hallazgos. Se busca puntualizar los rasgos de las historias de vida de los pirotécnicos y la forma como se desarrolla este trabajo, resaltando la presencia de la administración en cada uno de sus procesos.

La literatura permite leer una escena cultural o social, en este caso el sector pirotécnico, que posibilita narrar lo que desde la investigación se logra captar de esta labor, que es fuente de sustento para muchas personas.

Dada la importancia que posee la pirotecnia para Guateque, se quiere, por una parte, mostrar la dinámica y la historia empresarial de este sector, y, a su vez, reconocer el valor económico, social y cultural que tiene para la comunidad, lo cual significa un aporte al enriquecimiento de su identidad.

Es preciso aclarar que los relatos literarios presentados están fundamentados en hechos reales descritos en el capítulo cuarto, cuyos aspectos medulares se derivan del estudio socioeconómico del sector pirotécnico, los cuales han sido el insumo sustancial para la construcción narrativa.

A continuación se expone el argumento y la intencionalidad de cada uno de los relatos literarios:

El castillo del maestro: narra la historia de un polvorero, Arturo Vidal, que desde los nueve años se involucra en este oficio, para ayudar en los procesos del taller familiar. A lo largo de los años, aprovechando las bajas temporadas, se desenvuelve en otras labores como la minería, la política y la agricultura, que le permiten adquirir un saber tanto en la producción como en la consecución de

contratos para la realización de presentaciones públicas, lo cual, en últimas, le concede el reconocimiento ante los demás pirotécnicos.

La metamorfosis del arco iris: cuenta las dificultades por las que ha tenido que pasar Bernardo Sánchez por estar involucrado con la pirotecnia. Muestra de qué manera la vida personal de los polvoreros se entremezcla con su ocupación. Uno de los aspectos relevantes es la alusión al negocio de fórmulas, que conlleva la transferencia de conocimiento.

La libertad de la luz: su protagonista es Carlos, fabricante de algunas materias primas utilizadas para la elaboración de fuegos artificiales. La historia es contada por su padrino, quien examina la trayectoria que debió seguir su ahijado para alcanzar el conocimiento requerido para dicho oficio. Carlos, además de desenvolverse en esta labor, se dedica a la fabricación de artículos pirotécnicos valiéndose de obreros.

Polvo de estrellas: su propósito principal es describir las diferencias existentes entre un taller pequeño y uno grande, a través del relato sobre dos hermanos que pese a no provenir de familia de polvoreros, se desempeñan en la pirotecnia. Cada uno tiene su propia historia, contada por la nieta de uno ellos.

Señor Gobierno: el relato se desarrolla en un debate en el Congreso acerca de la actividad pirotécnica, al cual es invitado el personaje que cuenta la historia en primera persona y que deja en claro las divergencias existentes entre el Gobierno y los polvoreros.

Uno para todos y todos para uno: a través de este artículo se refleja la historia y la convivencia de una empresa pirotécnica conformada por cinco hermanos que se aventuran a desempeñar esta ocupación.

Alma de polvorero: es la historia del polvorero más antiguo de Guateque, ya fallecido, quien reencarna en el pirotécnico José María, padre de varios hijos que continúan la tradición, y maestro de obreros, hoy en día encargados de varios de los talleres existentes.

3.1 El castillo del maestro

Es el décimo hijo de catorce que tuvo doña Elvilia. A pesar de ser un parto complicado, la criatura nació en buen estado de salud, y desde que a duras penas lograba abrir la boca para ser amamantado, ya don Rodrigo estaba pensando qué oficio le iba a designar en la producción de voladores; sin embargo, al percatarse de que el niño no quitaba la vista de la vela que iluminaba la habitación, tomó este gesto como indicio de que los castillos y las luces serían su responsabilidad.

No era para menos la preocupación anticipada del padre, pues el tiempo pasaba muy rápido y pronto su hijo dejaría el tetero para unirse a la profesión familiar. Por eso fue que un día mientras cenaban un plato de mazamorra, se quedó mirando al pequeño que ya llegaba a los nueve años y al fijarse que ya tenía cuerpo para trabajar en algo más que en hacer mandados y en el campo, le ordenó acostarse temprano porque a la mañana siguiente lo acompañaría a los ranchos.

Don Rodrigo era en definitiva hombre preventivo, por lo que no permitía que sus hijos menores de quince trabajaran o se acercaran a los explosivos, así que les enseñaba a hacer rollos de papel, además de alistar el chin para castillos y tubo del arranque. Contrariamente a los hermanos que ya habían pasado por este proceso, Arturo no se desempeñaba muy bien en la labor, ya que en realidad anhelaba poder manejar pólvora y hacer brillar en el cielo los colores que le enseñara su papá, hasta que se dio cuenta que si mostraba buen juicio tal vez sería incluido pronto en dichos oficios.

Por fortuna, los deseos del niño que ya empezaba a engrosar la voz se cumplieron cuatro años después, cuando su padre lo encontró intentando meter un poco de pólvora negra en uno de los arranques. Así que luego de darle su merecido por inquieto, al otro día le enseñó a hacer preparadas para los voladores, diciéndole la cantidad que debía agregar de clorato, aluminio, azufre y antimonio. Hizo tal excepción porque su padre conocía en verdad el talento de su hijo y debía prepararlo para hacer castillos. De esa manera, la empresa se dio a conocer por su excelente volador, del cual Arturo era el principal artífice, pues las mezclas que adquiría proporcionaban un buen sonido y la quema total de los materiales.

Era evidente que disfrutaba las tardes en que la brisa movía las hojas de los árboles provocando un suave arrullo, haciendo coro con el canto de los azulejos, cuyo nido habían tejido entre las ramas. Sentía que el tiempo se hacía eterno mientras él depositaba en los cartuchos la mezcla de pólvora y la tapa con la composición de aserrín y pegante para ponerlos a secar. Empezaba a envejecer el día en que se fijó que su padre ya mostraba rasgos de cansancio de la labor incansable que había iniciado cuarenta años atrás. Al observarlo tomando un tubo, que ya se hacían con papel en vez de chin, para llenar con arena y pólvora negra, ubicándolo sobre la aguja e instalando la broca encima para compactarla con la maceta finalmente, pudo notar los movimientos un poco temblorosos en sus manos, las arrugas de su frente iluminada por los rayos del sol, la columna encorvada que desde dos años atrás le hacía caminar con dificultad junto con la artritis que se apoderaba de sus articulaciones.

Ante tal visión, se empecinó en comprar otras tierras con las que pudiera asegurar el bienestar de su familia, por lo que aceptó la invitación que ya tiempo atrás le había hecho Guillermo de trabajar en las minas de esmeraldas. A Guillermo lo

conocían con el apodo del «Grillo» y como llevaba más de cinco años en ese oficio, podría vincularlo a él también muy fácilmente.

Esta fue una travesía que llevó de modo alterno con la pirotecnia, puesto que no en todos los meses se debía producir la misma cantidad de pólvora. Por eso, por lo general, a principio de año su hogar era un túnel en el que varios hombres buscaban la preciada gema. Lo más difícil era el calor infernal que debía soportar, que, tal como lo expresaban algunos de sus compañeros, les hacía sudar tanto que no sabían si estaban sudando o se habían orinado. Además, los días en que no tenían dinero, que eran la mayoría, su almuerzo comunitario con otros esmeralderos se convertía en yuca sancochada con un pedazo de cuajada, acompañado de una o varias totumadas de guarapo.

Después de reposar el almuerzo, comentando los chismes del fulano que mataron la noche anterior por robarle la piedra que había encontrado, del don que acababa de entrar al negocio y la pagaba a buen precio o de la tambreada que se llevó al paisano el fin de semana, se metía nuevamente al túnel para seguir con la búsqueda de la riqueza prometida.

En una tarde, mientras varios de sus compañeros recogían picas y cascos para salir, él, junto con Guillermo, seguía golpeando en algunas paredes que desde las dos de la tarde empezaban a colorearse, pues si volvieran al siguiente día, quizás otros serían los beneficiados de su esfuerzo. Él en verdad ya se sentía cansado y desesperanzado, pero la insistencia del compañero, que era veterano en la labor, lo animó a dar un golpe más, con el cual se despuntó el brillo de una hermosa piedra.

Lograron venderla a muy buen precio, gracias a la experiencia del Grillo. Con la parte que le tocó, solamente compró una casa cercana a la finca de sus padres y lo demás se fue en celebraciones, bailes con bonitas muchachas y «rondas para mis amigos», comprobando la maldición del dinero de la esmeralda: «plata de mina, plata de ruina».

Siguió laborando como guaquero y pronto se convirtió en comerciante, primero en las minas de Chivor y posteriormente, cuando tenía trabajo en la pirotecnia, salía en las tardes de los viernes a ver si podía negociar «algo» en el parque de Suaquica. Estos eran fines de semana en que el festejo se apoderaba del pueblo, con tomatas que se extendían en muchas ocasiones hasta el lunes, sin importar que se presentaran riñas en las tiendas y varias muertes por ajuste de cuentas, por intentar robar las esmeraldas o simplemente provocadas por los efectos del licor. Tales festividades improvisadas hacían que contrataran a su familia para complementarlas con voladores y en fiestas privadas les pedían castillos.

En otro momento también probó suerte en el occidente del departamento. En el instante que pisó esas tierras se dio cuenta de que la «movida» era más complicada, casi no había conocidos, las personas que permanecían como mineros provenían de distintas partes del país. Se podía ver en algunos rostros la carga de la falta de dinero y en otros el peso de volverse rico de la noche a la mañana, pues las muertes inducidas por la ambición, los abusos entre amigos y familiares o, en general, la deshumanización del hombre provocada por el propio hombre, tenía de soledad la supervivencia del esmeraldero, sin que interesaran las multitudes que lo rodeaban cuando las guacas se despilfarraban en trago, mujeres y armas. Por ello, su estancia no fue larga, aunque sí lo suficiente para conseguir plata que invertiría en una finca.

Durante los años que duró embrujado por la gema, la pirotecnia también lo había enmarañado en sus brazos en los tiempos que volvía a ella. Cuando llegaba junio o septiembre se le iban las horas inventando productos que le permitiera tener un mejor desempeño en las presentaciones; gracias a su dedicación, obtuvo fórmulas que ningún pirotécnico suaquicense tenía en el momento y por las cuales su familia ganó premios de concursos en Boyacá, el Caribe y en los Santanderes.

Esto lo había alcanzado en sociedad con hermanos que aún se dedicaban a la pirotecnia, pues los demás habían tomado caminos para Bogotá, se desempeñaban como conductores, mecánicos o en oficinas. Después de la muerte de sus padres, hacía más de un año, él estaba a cargo de la empresa. En realidad su papá temía que así sería, por lo que se encargó de prepararlo muy bien para tal tarea. Los días que lo podía tener en la casa, desde los quince, le enseñaba el arte de la lucería, mostrándole los cinco colores que conocía a través de la mezcla de algunos explosivos. También le exigía arreglar el chin para las figuras de los castillos, ejercicio que le despertó poco a poco su creatividad para hacer hermosas presentaciones en festividades patronales, navideñas y de personas particulares.

Desde antes de los dieciocho años, Arturo acompañaba a su padre a los lugares en que requerían sus productos y espectáculos. Se fijaba que su padre no perdía oportunidad para futuras contrataciones, por lo que municipio al que asistía cultivaba amistades en medio de cervezas y guarapo, que inmediatamente se convertían en clientes. Aunque otros también se acercaban a Suaquica buscando directamente a don Rodrigo, gracias a su afamada obra.

Cuando mostró la suficiente responsabilidad, Arturo fue encargado junto con Filemón, su hermano menor, para dirigir el espectáculo en algunos eventos, en los que los quebrantos de salud del viejo polvorero le impedían asistir. Él debía disponer de la gente necesaria para hacer la quema y si fuera el caso hacerla él mismo, transportar e instalar los productos, efectuar los cobros en las alcaldías y traer contactos, desde luego.

Con respecto a esto último, sabía cómo buscar clientes y cómo convencerlos de que los contrataran. Lo primordial para él era brindar una amistad sincera y por eso un producto de calidad, de tal modo que este se convertía en su carta de presentación.

Igualmente, el joven polvorero, que ya llegaba a los treinta, se dedicó a aprender de colegas en los festejos que participaba. Por eso escogía los mejores lugares para visualizar los castillos de los demás y después de establecer amistad con sus creadores, preguntaba y negociaba los misterios de los efectos que conseguían. La mayoría de las veces tenía éxito y conseguía un trueque de «secretos», pues el saber de él era admirado y apetecido por muchos, pero en las ocasiones que la envidia o el recelo de los otros se lo impedían, él se disponía a analizar el trabajo de los competidores por su cuenta.

Uno de sus propios secretos para el éxito que lo acompañaba era el trato con sus empleados. Se preocupaba de que las veinte personas que aproximadamente trabajaban en su fábrica ganaran lo suficiente para ayudar a sus familias y ser felices. Él sabía que el obrero, al sentirse bien pagado, bien trabajaría, y asimismo si se exigía un óptimo desempeño, era necesario remunerarlo apropiadamente. Además era consciente del requerimiento de empleados al que estaba obligado para cumplir con los pedidos, pues solo no lograría nada.

Claramente, el dinero que viene de fuentes honradas demanda de trabajo arduo, por ello en esas épocas se conoció a un Arturo más laborioso y persistente que nunca. Se levantaba a las cinco de la mañana para tomar el pocillo de tinto que le alcanzaba Josefina, una de las pocas hermanas que aún vivía en la casa. Luego de alistarse se iba a su rancho para hacer las preparadas de los distintos colores de los castillos, aprovechando que no llegaban todavía los obreros. A veces señalaba a cada quien qué hacer de acuerdo con la cantidad de material y pedidos que tuvieran, pero en las ocasiones que no se encontraba, la gente se ponía a hacer una labor cualquiera y en la tarde le mostraban a alguno de la familia, quien lo anotaba en el cuaderno para ser contabilizado al pago de fin de semana.

También era el encargado de enseñar a los principiantes, puesto que él no le negaba la oportunidad a nadie mientras mostrara la habilidad como polvorero. Para comenzar, los incluía en oficios que no manejaran químicos y hasta les daba trucos que les permitiese sacar mayor sueldo. Muchos se quedaban en esos trabajos durante toda su permanencia en el taller y otros se convertían en pisadores, para lo cual hasta que no tuvieran el conocimiento y práctica apropiados no les quitaba la vista de encima.

La pirotecnia ha sido su gran pasión, pero, por ser la amante de un aventurero como Arturo, debió ser compartida. Luego de su corta trayectoria como

esmeraldero, le picó el bicho de la política a principios de los 90. Debido a que la desmovilización del M19 lo conmovió, por las consecuencias que implicaba tal hecho para la paz en el país y la supervivencia de los habitantes de los montes colombianos, decidió unirse con líderes políticos de Suaquica para ganar las elecciones de la alcaldía en representación del partido revolucionario y poder posesionar así a Isidoro Macario, como dirigente. Su papel fue crucial, debido al carisma, convencimiento fundado en la lealtad a la palabra que conquistaba en la gente y reconocimiento en la región por polvoreros, mineros y comerciantes, por medio de los cuales se consiguieron los votos suficientes para asegurar el triunfo. En agradecimiento por su labor desempeñada, hermanos y amigos adquirieron puestos en la alcaldía, a la vez que algunas de sus ideas sociales fueron incluidas en el programa de Gobierno que, en últimas, se materializaron en obras públicas desarrolladas durante tal mandato.

Las injusticias que se presentaron con los asesinatos de líderes como Carlos Pizarro, lo motivaron aún más a participar en actos políticos y en diversos periodos apoyaba a concejales para que hicieran algo por el pueblo. Jamás se postuló él mismo, a pesar de que fueron muchos los que se lo pidieran, pues aunque la compartía con la política, la pirotecnia seguía siendo su eterna enamorada y por ende necesitaba tiempo para continuar conociéndola.

No obstante, el rasgo que debería conocer no sería el más amable de la pirotecnia. Quince días antes de la fiesta de la Virgen del Carmen, en una mañana con un sol radiante y poca brisa, se dedicó a elaborar una bomba que ya muy pocos polvoreros fabricaban, puesto que su proceso había provocado graves accidentes. En los meses anteriores suspendió la producción de tal artículo, pero ante los concursos que se avecinaban decidió que una vez más no causaría problema, sin temer que una mala maniobra en la fabricación llevaría a la pérdida de la mayor parte de los dedos de su mano derecha, dado el gran nivel de explosivo utilizado. De esta cruel manera comprendió que en la pólvora no se puede confiar, a pesar de la experiencia que se tenga.

Pasó menos de un año para que se pudiera adaptar a las nuevas circunstancias. En su convalecencia, Filemón se había hecho cargo de la empresa y algunas de sus hermanas se turnaban para hacerle los remedios que requería. Sin embargo, él no quería ser tratado como un inútil y poco a poco se involucró en oficios de la casa y posteriormente de la pirotecnia y cuando se dio cuenta, omitiendo su pequeña modificación de la mano, volvió a ser el mismo.

Así avanzó el tiempo, hasta que lo sorprendió un nuevo agosto, por lo que debía estar preparado para los pedidos que se requirieran en la época navideña. El año anterior sus ventas habían sido bastante satisfactorias por los lados de Cundinamarca y probablemente ese año serían aún más grandes. Pero los gastos

en materia prima estaban incrementando y su accidente les significó más de dos millones, por lo cual no habían podido ahorrar el dinero para aprovisionarse de acuerdo con las ventas que planeaban y seguramente en este momento nadie les prestaría químicos, puesto que todos ya empezaban también a producir.

Decidieron, por lo tanto, solicitar un crédito en la Caja Agraria, que les fue desembolsado con facilidad gracias a las propiedades que respaldaban la deuda. La habitación trasera se llenó con gruesas de voladores, en el techo colocaron distintas figuras de chin para los castillos con motivos de estrellas, rosas, círculos, velas, entre otras, y en la bodega se almacenaban algunos productos importados. Para antes del siete de septiembre se encontraban preparados para atender la demanda. Contrariamente a lo que esperaban, en la noche de velitas las ventas fueron bastante escasas, pues el alcalde de Bogotá, un tal Mockus, había prohibido la pólvora desde el año anterior en la ciudad y, por supuesto, esta era su mayor cliente. Además, en las noticias se veía como le hacían mala fama a la pólvora provocando el miedo de utilizarla entre la gente, por eso en distintos municipios no permitían su uso.

Sus ventas no alcanzaron ni la cuarta parte del año anterior, fue una de las navidades más amargas para la familia Vidal. Como no tenían dinero para pagar la deuda, se vieron en la necesidad de vender una de las fincas que habían comprado con sus otros tres hermanos que aún laboraban con él en la pirotecnia y con ese episodio se cerraba su corta vida crediticia para nunca más abrirla.

Por fortuna, los problemas a que los había llevado la decisión del alcalde de Bogotá, pronto se resolvieron porque su reglamento no fue aprobado del todo, a causa de la cantidad de gente que vería perjudicado su empleo. Pese a ello, las cosas cambiaron al ponerles mayores requerimientos para desarrollar su labor pirotécnica con las nuevas leyes nacionales, que Arturo ni siquiera conocía. Aparte del registro en la Cámara de Comercio que su padre había hecho desde los ochenta, debían tener una licencia de Tunja y Bogotá para que les vendieran los materiales que requerían.

Con todo, su fortaleza y arte de pirotécnicos les permitió continuar como una de las empresas líderes de Suaquica, y lograron ser los ganadores de diversos premios de concursos en Boyacá, Cundinamarca y Santander. El premio que más le gusto a Arturo, fue un viaje que les regalaron en Bogotá para que pudieran ir a una empresa de Brasil a conocer sus procesos, sentía que de alguna manera su trabajo estaba siendo reconocido. Aun así, era consciente de que los premios no eran lo más grande que podía recibir de Dios, sino los distintos obstáculos que había podido combatir con la protección y bendición de él.

Algunos días llegaba a la tienda de Isabel, pedía una cerveza costeña y se sentaba en la mesa de la ventana a ver pasar la gente. Aquella hermosa joven trigueña de ojos azabache, que impresionaba por su laboriosidad y humildad, supo de las travesías de aquel aventurero, pues cuando se daba la oportunidad conversaban un par de minutos en los que le narraba las historias en que su fervor lo protegía.

Una de las que más sobresaltó a Chavelita- como cariñosamente Arturo la llamaba- fue en la que por poco una presentación termina en tragedia. Sucedió en el municipio de Rosales, su hermano Filemón y él, junto con tres empleados, habían amenizado las festividades con bombazos en las alboradas y retretas del sábado y domingo. De igual forma, fueron merecedores de aplausos y felicitaciones por los castillos que presentaron en la noche del primer día. Finalmente, el domingo, luego de haber acompañado la cabalgata con quema de voladores, se dispusieron a alistar las carcasas y tortas para hacer el cierre de las fiestas del pueblo. Jacinto, uno de los obreros, después de dejarlos instalados, revisó cada uno de los productos con la linterna, sin encontrar ninguna anomalía. Sin embargo, Filemón, quien no sabía que ya se había hecho dicha revista, hizo el mismo oficio cinco minutos después, pues cuando fue a ver si ya comenzaba el espectáculo no encontró a Jacinto, que había ido a comprar un cigarrillo para prender las mechas. En uno de los tacos de las carcasas encontró un paquete negro que no pertenecía al dispositivo, llamó pronto a su hermano mayor y este dedujo que era un «regalo» dejado por la guerrilla, ya que esta era una «zona caliente». Acudió apresuradamente al teniente para que tomara las medidas pertinentes y evitar así la catástrofe que se aproximaba. Afortunadamente fue impedido el atentado y aunque con una hora de retraso, el espectáculo pudo empezar. De esa manera, tranquilizaba a Isabel, quien ya debía ir a meter la cerveza al refrigerador.

Episodios como este se convertían en motivos para enriquecer su fe en el Divino Niño y en la Virgen que intercedía por su protección. Por ello, ante su fiel creencia decidió ir a pagar una misa junto con otros polvoreros para el 20 de enero en la capilla de Monserrate o en Bojacá, para agradecer los favores recibidos y encomendar nuevamente su vida para el año que comenzaba. Sin embargo, esto resultaba un poco difícil por el dinero que debían disponer para el viaje, lo que en definitiva los llevó a resolver hacer el homenaje a la Santísima Virgen en su municipio natal, Suaquica.

Fue un evento que inició simplemente con la misa y la quema de algunos voladores y castillos ofrecidos por no más de diez polvoreros, al tercer año se trajo la banda de Sutatenza, al siguiente de La Capilla, con los cuales se amenizaba la celebración. De tal modo que hoy Arturo se complace en ser uno de los fundadores del Festival de Luces más importante del departamento, con el que se promueve el turismo en la región, pero sobre todo se les reconoce, aunque sea por un solo día, el valor de ser pirotécnico a las distintas personas que se desempeñan en este oficio. En tal

festividad se contratan bandas musicales de talla nacional, se realizan actos religiosos y culturales, además son invitadas empresas pirotécnicas de distintos lugares que hacen sus presentaciones junto con las más de treinta fábricas suaquicenses que participan.

No obstante, el Festival en ciertas ocasiones le ha dejado algunos sin sa jores. Por ejemplo, no hace mucho tiempo uno de sus clientes más antiguos, la Junta de Fiestas de Soco, le informó que ya no pasara cotizaciones para las festividades, pues de ahora en adelante contratarían a una de las empresas de Bogotá, así que, recordando las palabras de su padre, Arturo pensó en tal momento «nadie sabe para quién trabaja», pues quienes solo venían como invitados terminaron volviéndose un rival bastante poderoso. Aún más, lo que en verdad le molestó de tal hecho fue que el trabajo colombiano, el que se elabora por su gente, estuviera siendo desvalorizado mientras se le da relevancia a lo chino, «porque en últimas eso es lo que ofrecen esos señores, solo mercancía importada» se consolaba así, contándole a su amiga Chavelita.

Ella, como guerrera legendaria, se encargó de hacer de sus hijos unos hombres de bien, y mantuvo, a pesar del transcurso de los años, la firmeza de su carácter y la dulzura de su mirada. Verdaderamente Arturo la admiraba mucho, tanto que a veces se le confundían los sentimientos, y si nunca se atrevió a decirle algo no era por temor a un «no», sino más bien a que fuera él quien no pudiera mantener su palabra de hacerla feliz, pues su entrega a la pirotecnia era tan apasionada, que dudaba que le quedara tiempo para enamoramientos. Fue testigo de la vida tan dura que le tocó a Filemón para poder equilibrar su matrimonio y su labor como polvorero, que muy seguramente eso fue lo que lo hizo reflexionar. En cambio él podía dedicarse de tiempo completo a su trabajo, sin parecerle nunca una obligación.

Ahora que el ocaso de la vida se asomó desde hace unos años, se complace de poder estar acompañado de castillos, granadas, carcasas, voladores y todo el combo pirotécnico, porque le han permitido conocer a personas valiosas como Martín, Gerardo, Alberto, Néstor y Roberto, los cinco trabajadores que tiene a su cargo hoy en día. Sus amigos, más que obreros, llegan cada mañana a ejercer su labor: amarrar volador, pisar tubo, apilar pólvora negra o lo que haya que hacer. Luego de más de treinta o diez años, según sea su antigüedad en el taller, se acostumbraron a madrugar para poder terminar obra a medio día o por mucho a las dos de la tarde durante todo el año, de tal manera que cuando se aproxime diciembre no tengan que matarse trabajando y arriesgar su vida por el afán, esa es la convicción como patrón de Arturo. Él y Filemón se han encargado de mantener la clientela que ya han conseguido y como el trato con esta es de comadrería, son ellos mismos los que los recomiendan con otros clientes. Cada vez que se comunican con una alcaldía porque los quiere contratar, preguntan cuánto tiene dispuesto, pues no falta el que lo quiera todo por el mismo precio de nada, y conforme con ese

presupuesto le dicen que le pueden ofrecer. El prácticamente se convirtió en el maestro de su hermano menor, pues lo preparó tanto, que las veces que se ausenta del taller para cultivar papa, recoger alverja o cuidar marranos en la finca producto de la esmeralda, Filemón es el que se hace cargo sin ninguna dificultad.

A pesar de sus sesenta años, Arturo contagia con su humor y hace amena cualquier conversación, por ello Isabel aún se entusiasma con las historias relatadas por el viejo amigo. Ha sido testigo de las ocasiones en que los espectáculos le salen tal como él los imaginó y llega alegre a celebrarlos con una «costeña bien fría». También de los días que ha debido trabajar arduamente en diciembre para cumplir con los pedidos y cuando al fin se ve desocupado va a brindarle vino con galletas a su tendera favorita. Además, de las veces que llega enfurecido porque «un tal sutano me salió con que le habían quitado los voladores por el camino y que por eso ya no me los paga, yo sé Isabel que la cosa está jodida, los chupas siempre quieren su tajada pero también hay plaga que es maliciosa y lo cree a uno pendejo», se queja mientras la mira ordenar los dulces en la vitrina. O de los momentos en que compañeros le quitan el negocio porque se bajan en precio y sin darse cuenta terminan regalando su trabajo, lo cual él nunca va a hacer, porque «yo soy maestro de maestros y de todas formas pa' todos hay», le dice a Chavelita apenas termina un sorbo de cerveza.

En escasas ocasiones no lo ve en la semana porque sale temprano a sembrar papa o arveja en su finca, cuando es temporada. Así, deduce, que ahora la pirotecnia se encuentra compartida con la agricultura, pero él le hace entender por medio de su espíritu inventor persistente, de su exigencia en la fabricación de voladores a sus trabajadores, de su creatividad en lucería y castillos, que no existirá para él mayor pasión que la de ser pirotécnico.

3.2 La metamorfosis del arco iris

Empezaba a sentir la necesidad de tomar el tinto de la tarde, pero la obligación de terminar de cortar el periódico para hacer los tubos del arranque de los voladores se lo impidió, pues mañana, como era domingo, lo dedicaría para descansar y la labor se vería interrumpida. Planeó comenzar a pisar el martes a primera hora, todo estaba dispuesto para ello, la pólvora y la arena ya las había comprado, solo faltaba armar los tubos, lo cual haría el lunes.

En lo que a él respectaba, esos días eran de los que le parecían apropiados según su creencia de que lo importante era estar concentrado en lo que se estaba haciendo. A excepción de la nostalgia que le provocaba la partida de su hijo Fredy, que hacía unas horas había tomado camino a la ciudad, no tenía ninguna preocupación. En la semana que finalizaba, logró cancelar sus deudas de hace un

mes en el Supermercado de don Roberto, pagó los honorarios del abogado que llevaba su proceso de divorcio y el día anterior recibió una llamada de Ocaso para obtener el desembolso final de una presentación que realizó en el cumpleaños del alcalde de este municipio, cinco meses atrás.

Continuaba poniendo en las manos de la Santísima Virgen del Carmen, la vida de su hijo, mientras doblaba el pedazo de varias hojas de periódico, para posteriormente deslizar el cuchillo entre el doblaje y cortarlas así en la misma medida.

Se le pasaba el tiempo de esta manera, hasta que la lluvia logró lo que el tinto no había hecho. Debió levantarse rápidamente porque a pesar de hacer una tarde de azul pacífico pero fuerte, que se mezclaba de modo armonioso con el verde de las montañas, provocando el efecto de ver caer el cielo hacia el infinito, un aguacero se precipitó repentinamente, amenazando con mojar la ropa que en la mañana había puesto a secar.

Aprovechando que ya había interrumpido su labor, se dirigió a prender el fogón, pero se percató que su madre ya estaba metiendo algunos palos de guayabo y papelón, así que volvió a retomar la tarea.

Espantó la gallina que invadió en su ausencia la silla improvisada que antes él ocupaba y tomó un montón de hojas para continuar. Volvió a pensar en Fredy y casi inmediatamente una tímida sonrisa floreció en su cara, al recordar que al despedirse le agradeció por el esfuerzo que él ponía para apoyarlo y verlo triunfar. Y no era para menos, puesto que a pesar de ser un joven de corta edad, desde niño había sido consciente de la realidad de su familia.

Por eso fue que se le dio por revivir en su mente lo que hacía muchos años en el corazón había muerto, teniendo la relevación más clara que antes haya tenido: el origen de sus tristezas y alegrías comenzaban y terminaban en su profesión, ser polvorero lo condenó a la vida que debió llevar.

Recordó que de niño soñaba con ser profesor, por lo que pensó que si hubiera cumplido su sueño, tal vez la supervivencia sería menos dura. Pero para esto era importante que estudiara y a él no le quedaba mucho tiempo, ni su familia se esforzaba por mostrarle la relevancia de hacerlo. Durante los cinco años que recibió clases en una de las escuelas del centro, debía ayudar a su padre a cuidar de los animales, rajar leñas y cultivar tomate, frijol, alverja, maíz y lo que el clima permitiera. Un viernes, mientras preparaba la tierra para sembrar habichuela, junto a un obrero que su padre contrató, probó por primera vez el guarapo, inducido por su compañero. Solo tomó conciencia de que esta era su primera borrachera hasta que su padre lo azotó con el látigo de arriar ganado para que cogiera escarmiento.

Así que entre desmotivaciones familiares, guarapo y trabajo, terminó por abandonar sus estudios, siéndole más interesante ganar dinero. En vista de su actitud, su padre se empeñó en enseñarle el trabajo de la pirotecnia, que él desarrollaba de modo alterno a la agricultura. Inició cortando hojas de cartulina para armar los truenos, de acuerdo con la medida que don Pedro le proporcionó; aplicaba el gomel de silicato para hacer los tubos del arranque, amarraba los voladores a la vara, tal como se le había enseñado: en la hoja de periódico doblada en cuatro partes, colocaba el arranque, posteriormente los truenos y la bomba dependiendo el calibre del volador. Luego cerraba la hoja del periódico y esta envoltura la amarraba a la vara, dando dos vueltas arriba y abajo de forma ajustada.

Al cabo de dos años sabía el proceso completo para hacer un volador por medio de la enseñanza de su papá, pero sobre todo por la práctica. Los días se le pasaban haciendo gruesas que su padre llevaba al depósito de doña Jacoba Junca. Con el dinero que les pagaba la señora, compraban el mercado de tienda para la semana y pagaban los gastos a que hubiera lugar. A ella misma le compraban el clorato, el nitrato, el azufre y el aluminio para fabricar otras gruesas en la siguiente semana.

Un día en que su madre fue a llevarles guarapo, quedó admirada del juicio y la responsabilidad que adquirió Bernardo. Ayudaba laboriosamente a su padre a conseguir el sustento de ellos y sus tres hermanos menores, no salía frecuentemente y por lo general solo hablaba para responder a lo que se le preguntara, para agradecer la comida a su madre o avisar a su papá sobre la falta de material para trabajar.

A pesar de las buenas visiones de doña Clara, Bernardo sentía el peso de la rutina y la fuerza de su convicción de que él había nacido para grandes cosas; pero ahora se le pasaba la vida encerrado, haciendo un trabajo que hasta su hermana Estela podía hacer. Sin esperarlo, su propia obediencia que le amargaba, terminó siendo la puerta de su liberación. Ya se conocía en todo el pueblo la calidad de volador que se fabricaba por la familia Sánchez, pues no había producto que no subiera hasta alcanzar su altura ideal, ni a dar el número total de golpes.

Gracias a eso fue que don Heliodoro, otro reconocido polvorero de la localidad, quien llevaba productos a diferentes lugares, le pidió a don Pedro que le prestara a su hijo Bernardo para así terminar de fabricar varias gruesas que requería en la celebración de la Virgen del Carmen.

Al principio se sintió desconfiado de ir, ya se había escuchado que don Heliodoro era hombre de borracheras y el éxito que tenía se lo debía a sus empleados. No obstante, la ilusión de conocer qué había más allá del volador, le hizo aceptar la propuesta. Madrugaba todos los días a desayunar y alistarse, mientras su madre

le empacaba en una olla de metal: arroz, papa y maíz tostado que, junto con una totumada de guarapo, eran su almuerzo.

En realidad, la forma de laborar no difería de la que ya le había enseñado su padre, lo único que le inquietaba eran las mezclas que el viejo Helidoro hacía reservadamente en una caseta alejada de las demás. Sus compañeros comentaban que eso era lo que en verdad daba plata en este negocio, pues los colores logran maravillar a cualquiera, más cuando se toman un espacio tan oscuro como el firmamento, no como el volador que solo es sonido.

Fue poca su estancia en esta polvorería, porque a pesar de la sabiduría del patrón y sus buenas relaciones con los demás obreros, tal como las malas lenguas se lo habían hecho saber, el trago era su fiel acompañante y quien fuera su empleado terminaba conducido en la misma vía. Por lo que con las significativas restas que representaban las tomatas cada fin de semana, doña Mercedes, dueña de la cantina, terminaba siendo la mayor beneficiaria de su sueldo.

A pesar de eso, agradeció la oportunidad, pues fue su boleto para conocer los pirotécnicos más reconocidos de la región. Debido a que, por ejemplo, había acompañado a don Helidoro a llevar un material a don Gonzalo, reconocido polvorero de Soco, con quien realizaban intercambios constantemente, este le había dicho que cuando quisiera, podría trabajar allá. Y así lo hizo tan pronto estuvo desempleado.

El trabajo era más arduo, porque los días que no se levantaba a las cuatro de la mañana y se acostaba a las diez de la noche, eran aquellos en los que trabajaba toda la noche hasta la madrugada para poder cumplir con los pedidos.

Con todo, él estaba amañado por el trato, la comida que era mejor que la de su casa y por el mercado que podía llevar cada quince días a su familia. En las mañanas escuchaba orar a don Gonzalo al Santo Cristo del Cerro y desde entonces le nació el fervor por Dios y tomó conciencia del peligro de su trabajo. Por ello y por los consejos del patrón fue que se perfeccionó aún más, de tal forma que el cuidado no implicara solamente el producto sino también el proceso, siendo el orden y la limpieza los principios en su desempeño. «Eso resulta ser tan protector como el amor a nuestro Padre Celestial», le advirtió en alguna ocasión el sabio pirotécnico.

Igualmente probó suerte en Buenavista en la fábrica de Custodio Barreto, un hombre con dotes de inventor. Varias veces Bernardo intentó vigilar su labor por medio de los huecos entre las tejas del rancho donde se encerraba el señor para mezclar los químicos de las preparadas de los colores. Aunque nunca tuvo éxito en su espionaje, si fue sorprendido por el vigilado, que al notar la persistencia y

don especial para la pirotecnia, le obsequió tres fórmulas a cambio del sueldo de dos semanas de trabajo.

Con estas, más otras dos fórmulas que aprendió en el anterior taller, se decidió por volver nuevamente a su casa y ensayar hacer las preparadas. No obstante, ante la idea de su hijo, don Pedro enfurecido le exigió que no usara la residencia para este fin, puesto que en muchas oportunidades se escuchaba de la gravedad de los accidentes generados por esta actividad experimental.

Resignado, continuó haciendo voladores únicamente, pero se fue a trabajar con su padrino a Bogotá. Llevaba más de un mes fabricando gruesas para las fiestas en Chía, pero al requerir de mayor rendimiento, en uno de sus viajes a Suaquica invitó a Lorenzo para que fuera a ayudar en esta producción.

En la segunda semana de estadia, Lorenzo desde la puerta del rancho en que se encontraba Bernardo, lo invitó a tomar una cerveza en la tienda de la esquina, pero como no aceptó, el amigo empezó a bromear sobre el buen juicio de Bernardo:

- ¿Pa' qué acumula tanta plata, o fue que ya consiguió mujer y se lo tenía bien guardado?
- Ni aburrido que estuviera -le contestó Bernardo- ahorita bajo cuando termine de pisar estos tubos que me quedan y de paso...

No alcanzó a culminar la frase, cuando en un descuido golpeó la broca contra la aguja y en cuestión de segundos se levantó una llamarada hacia el techo, alcanzando a su paso los tubos que ya estaban pisados. Uno de estos quemó el brazo izquierdo de Bernardo, quien se había tirado hacia al suelo bocabajo, protegiéndose la cara.

Su convalecencia duro no más de tres semanas y regresó a trabajar pronto, porque a pesar de que sus padrinos costearon sin ningún problema la atención en el hospital, las cremas y medicamentos formulados, él se sentía avergonzado de vivir a costa del bolsillo de sus parientes, además ellos tuvieron que vender el televisor de la sala para dichos gastos, por lo que no quería seguir siendo una carga más.

Pero las dificultades para la fábrica no terminaban ahí, porque un viernes en que debían viajar a Suaquica, Lorenzo quiso esperar hasta la próxima semana sin saber que un incidente muy parecido al sufrido por Bernardo, terminaría por apagar su vida.

El dolor que provocó la tragedia a la familia de aquel fiel amigo, hizo que se interpusieran demandas al patrón para que respondiera por la muerte de su hijo, y

nació un rencor hacia Bernardo por invitarlo a trabajar en este lugar. Así que no hubo más remedio que vender la casa, y al ver que sus padrinos sufrían una gran crisis económica, tuvo que conseguir trabajo en otros talleres, donde fue recomendado por su padrino.

Transcurrieron cerca de dos años, en los que varias mañanas el sentimiento de culpa lo hacía levantarse con un dolor en el pecho, que no lograba curar por completo. Sin embargo, el arte de la lucería le había traído cierta distracción que le permitía olvidarse de aquel trágico acontecimiento.

En la empresa actual donde laboraba, se volvió la mano derecha de Federico Castro, quien gracias a su ingenio y don de buena persona, lograba hacer amigos y negocios en diversos departamentos del país, con lo cual estaba consiguiendo un gran número de fórmulas que lo elevaban hacia la gloria como pirotécnico, gracias a los maravillosos efectos lumínicos que adquiría en sus castillos y fuegos artificiales. El hombre cuidaba constantemente de no revelar sus secretos químicos y aun así había intercambiado con Bernardo un par de fórmulas. Además, este último pasaba su tiempo libre estudiando en algunos libros la composición de químicos, pero realmente su propio avance era mínimo.

Una tarde en que los empleados ya habían terminado la producción del día y el patrón estaba cerrando una contratación para las fiestas de Avilaima, golpearon fuertemente en el portón del taller. Bernardo, que adelantaba unas bombas para poder viajar la próxima semana, salió a dar respuesta al llamado. Al abrir, se encontró con un anciano de tez morena, ojos azules, cabello teñido de blanco, que a pesar de su estatura baja y encorvada, mostraba el buen porte que había tenido en otros tiempos.

- Joven, vengo buscando a don Federico -dijo el anciano- ¿Es usted?
- No señor -respondió Bernardo- ¿Pero quién lo busca, en qué lo puedo ayudar?
- Pues mijo, yo soy el creador de las estrellas, Simón Gaspar. He dedicado toda mi vida a encender el cielo y hacer brillar los ojos de la gente con mis luces. Pero ya estoy muy viejo para seguir trabajando y vengo a regarla aquí en Bogotá, porque el que muere con lo que sabe, es como si nunca hubiera existido.
- Eso sí es verdad, ¿pero qué es lo que usted sabe?
- Yo tengo un poconón de fórmulas, que vengo a vender a don Federico.

Sin pensarlo, Bernardo supo que esta sería la oportunidad de su vida y de inmediato le dijo:

- Don Simón, mi patrón no está en el momento, pero yo tengo interés de aprender de lucería, ya he investigado un poco pero no encuentro el derecho de las cosas.

Simón era un hombre que con el pasar de los años se había hecho cada vez más sabio y era consciente de que lo importante del conocimiento no es quien lo tiene, sino cómo lo utiliza su portador, así que al ver el brillo de la mirada de Bernardo, supo que en sus manos no existiría más que magia en favor de la vida. Por eso, lo citó al otro día en las horas de la mañana en el centro de la ciudad para decirle qué artículos debía comprar y así trasladarse a Suaquica para enseñarle las fórmulas más importantes que él conocía. Por su parte, el joven polvorero pidió prestado dinero y permiso a su patrón, diciendo que debía visitar a sus papás. Sin obstáculo, don Federico se lo permitió.

Para Gaspar, Bernardo fue el mejor alumno que tuvo, pues su curiosidad e ingenio innato en la pirotecnia hacían más interesante el proceso de aprendizaje. El anciano maestro mezclaba las sustancias para cada color, que no solo eran los ya conocidos, sino que le explicaba de distintas derivaciones que él llamaba «la metamorfosis del arco iris», las cuales no siempre debían ser mejores a las tonalidades que el ojo humano ya reconocía, sino que muchas veces, como las dificultades de la vida, los colores imperfectos permiten ver con mayor admiración y alegría los que consideramos ideales.

Mientras el maestro mezclaba, el aprendiz tomaba apuntes sobre los efectos que cada químico producía, los compuestos que eran incompatibles y los trucos que podrían permitir un mejor efecto. En este proceder se les iban los días enteros, creaban el arco iris una y otra vez, hasta que Simón supo que Bernardo ya estaba preparado para ser un seguidor de su arte y él debía ir a sembrar semillas en otros lugares, empezando por don Federico, con quien sentía que aún estaba en deuda.

Así daba un vistazo a las páginas empolvadas de su historia, cuando su madre lo interrumpió para ofrecerle un pocillo con tinto. La lluvia ya había dado tregua y solo se escuchaban algunas gotas que caían al terminar de escurrirse de las tejas y las hojas de los árboles.

Ese mismo ambiente le recordó el día en que Florencia llegó a pedirle trabajo. Estaba haciendo las luces para un castillo, cuando de repente escucho una voz diciendo «buenas» que venía de la entrada.

Salió a ver quién era. Se trataba de una joven que hacía un tiempo había llegado de Bogotá en busca de una vida más tranquila junto a su tía materna, que residía en el municipio. Él la había visto un par de veces y apenas habían cruzado el saludo.

-Buenas tardes Bernardo. Soy la sobrina de doña Carmen, de la casa que queda llegando al Alto del Chulo. Venía para saber si usted de pronto tenía algo en que le pudiera ayudar, ya estuve trabajando con don Heliodoro, doña Jacoba y don Francisco, pero ahorita ellos tienen contratados solo a gentes de la familia- contó la joven forastera.

Después de que se fue Gaspar, Bernardo se trasladó de forma permanente a Suaquica. Con el consentimiento de su padre, trabajaba casi todo el día hasta las diez u once de la noche con la ayuda de él, cuyos quebrantos de salud no le permitían tener el mejor desempeño. Las ocasiones en que debía viajar para llevar material, hacer presentaciones o comprar materias primas y productos importados, la producción prácticamente se detenía. Además muchos pedidos no los podía atender porque no daba a basto. Así que una ayuda extra no le vendría mal.

De esta manera, contrató su primera empleada, que sin darse cuenta se convirtió en la dueña de su corazón. La admiraba por su laboriosidad, ágil manera de aprender, buen juicio, su orden y dulzura característica de la mujer.

Fueron tiempos maravillosos para los dos, trabajaban juntos, se apoyaban el uno al otro, se divertían viajando a pueblos cercanos en una moto que habían comprado como fruto de las ganancias en la pirotecnia. No obstante, ninguno de los dos pensaba morir en medio de ella, ya habían planeado poner una tienda cuando tuvieran el dinero necesario.

No debieron esperar mucho, pues el alcalde de un municipio del Llano le regaló un lote inscrito en un programa de vivienda que él gestionaba, como recompensa a su buen servicio en los diferentes eventos de la localidad y años de amistad. Tan pronto pudo dar por terminada su casa con ganancias de la pirotecnia, se mudó con Florencia, que ya estaba embarazada de Paola.

Este parecía ser el principio de una vida tranquila en la que la esposa se había dedicado al cuidado de la niña y del pequeño que ya venía en camino, mientras Bernardo ganaba el sustento por medio de su trabajo en Palmite, una empresa dedicada al procesamiento de aceite vegetal. Específicamente, él se ocupaba de coger el fruto de la palma, cargarlo a un búfalo y llevarlo para que fuera procesado. Inconscientes de la realidad, estaban iniciando lo que Bernardo reconoce como el peor error de su vida, pues habían tomado decisiones sin conocer el precio que

tenía la supervivencia en aquellas tierras. En verdad, por esos tiempos se vivía una de las guerras más sangrientas que haya vivido el país y que para ese entonces ya germinaba en los Llanos orientales. Todos eran testigos de los acontecimientos que ocurrían a diario, del negocio de producción y comercialización de coca, las masacres como escarmiento a la población, las desapariciones de quienes «no cooperaban» y sobre todo el desplazamiento de campesinos.

Sumado a ello, la rutina había convertido el amor en una fría costumbre, debido a las ocupaciones de Florencia en la tienda que habían instalado para venta de víveres y cerveza, las labores en la casa y el cuidado de los niños, así como los extendidos horarios del arduo trabajo de Bernardo en Palmite. Se convirtieron en dos extraños, pues a pesar de luchar mancomunadamente por sobrevivir, habían encontrado refugio en otros brazos y en vicios que los salvaban de ellos mismos.

Por causa de las amenazas por hombres armados, que les decían que si no se iban de su casa, que estaba ubicada en un lugar estratégico para el transporte de la coca, les facilitarían el tiquete para conocer el paraíso, decidieron empacar algunas prendas de vestir y regresaron a la pirotecnia, que, a su manera, sí los había hecho felices. Aunque nada volvió a ser igual, al final decidieron tomar caminos distintos y hacerse cargo cada uno de un hijo.

Bernardo decidió irse para Cundinamarca a administrar la fábrica más grande de tal zona junto con su pequeño Fredy, quien se había convertido en su razón de vivir y más tierna compañía. Allí debía hacerse cargo de contratar gente que quisiera fabricar voladores y fuegos artificiales, entregar las materias primas que requerían los obreros, cerrar contratos con alcaldías y particulares que solicitaran espectáculos. No tenía un cargo formal, pero era el motor de la fábrica.

Tenían una vida tranquila, pero cuando asesinaron al alcalde que lo había contratado por no querer pavimentar una calle que la guerrilla exigía, sintió que las manos de la guerra nuevamente tocaban a su puerta.

Un sábado en la tarde llegaron soldados gritando y pidiendo la presencia del encargado de la empresa, él salió apresurado pero como no tenía papeles que demostraran la legalidad de la actividad, fue conducido a la cárcel, acusado de terrorista por manipular explosivos y proveer a la guerrilla, mientras Fredy era entregado a su madre.

La vida se había encargado de mostrarle que su color no es rosa y a pesar de que a los seis meses fue dejado en libertad, ese episodio terminó de cicatrizar sus heridas. Afortunadamente, para volver a empezar contaba con el apoyo de su padre, quien le heredó un lote donde pudiera construir su propia casa, y su hijo, que ya llegaba a la pubertad, pidió que lo dejaran ir a vivir con su papá.

En definitiva, no había dinero pero sí lo necesario: una razón para luchar y un arte con el cual hacerlo. Con ello, gracias al conocimiento que hasta el día había acumulado, sacó fiados algunos químicos a otros polvoreros y fabricó gruesas para llevarlas a vender a municipios de Cundinamarca, en los cuales fue contratado independientemente para realizar espectáculos en diferentes fiestas. Principió a elaborar hermosos castillos que le abrían las puertas de nuevas festividades y por medio del orden dio dirección a su vida.

Sus ratos libres los dedicaba a ingeniar figuras de castillos, ver los modos de combinar colores y de presentar fuegos artificiales, para que cuando fuera requerido en algún evento, él ya tuviera todo preparado. Recibía de don Parmenio, un vecino cercano, una carga de chin mensual por el valor de veinte mil pesos. Este material debía ser arreglado, ponerlo liso y cortarlo de acuerdo con las figuras que quisiera armar, así cuando debiera viajar le instalaba los tubitos de luces y arranques que provocan los efectos luminosos y giratorios.

Pronto se convirtió en uno de los más respetados pirotécnicos de Cundinamarca, su trabajo era apetecido en varios municipios del departamento. En diferentes ocasiones debía comprar productos a polvoreros del pueblo para cumplir con los pedidos. Su éxito, sin lugar a dudas, se debía al conocimiento transmitido por su gran maestro y al ingenio que ponía en su labor, y dejó de ser una forma de sustento para convertirse en su pasión.

Estando por estos lugares se percató de que el frío era un problema para que los productos pirotécnicos funcionaran efectivamente. Creó entonces la mecha de doble línea y así si una se apagaba, la otra permanecía encendida, permitiendo que los artefactos produjeran los efectos que se les habían incorporado. Igualmente, su reconocimiento le permitió participar en otro negocio. Algunos polvoreros de la región lo contrataban para que fabricara castillos con los cuales ellos planeaban ganar concursos. De esta manera fue que uno de sus castillos, en el que se exponía un trineo, se llevó el primer puesto en la celebración del Aguinaldo Boyacense. Así, mientras al comprador le otorgaban un gran premio y el reconocimiento, el artesano escasamente recibía un millón de pesos.

Con la plata que ganó de su labor durante cuatro años, construyó la casa, pudo contratar hasta cinco obreros en las temporadas altas que comenzaban en septiembre y que en algunas ocasiones duraban hasta enero. Empero, asumía cuidados para permitir a un trabajador ejercer su actividad, aún más si se trataba de desempeñarse como pisador o en algún manejo de químicos, ya que teniendo la experiencia de su padrino, era consciente de que valía más perder unos cuantos pesos, que la vida o el patrimonio en unos segundos. Roncancio, su obrero más permanente, sabía que no debía llegar en un estado de alteración que lo desconcentraría de su labor, como estar de mal genio, enguayabado o borracho en

el peor de los casos. Además, aunque a veces le disgustaba, debía permanecer en constante aseo su puesto de trabajo, sin dejar residuos de alguna clase de material, fuera o no explosivo, porque de lo contrario pondría en riesgo su empleo.

La única dificultad con que contaba Bernardo era la falta de una licencia que le permitiera desarrollar su actividad de manera totalmente legal, pues en el tiempo en que Indumil les exigía que la diligenciaran, a él se la negaron por tener antecedentes. Cada vez que recordaba este episodio se llenaba de ira, pues a quién se le iba a ocurrir que él sería un terrorista y mientras a él nunca le quitaron esa vaina, que a duras penas si entendía, los verdaderos criminales seguían haciendo de las suyas. Por eso se veía en la necesidad de sacarla prestada a alguno de los otros polvoreros cuando la necesitaba.

Con ese sabor amargo, que aún tenía efecto en su vida, Bernardo terminó de cortar las hojas de periódico y las puso en una caja para que no se mojaran ni se volaran con el viento. Tomó la sopa de pasta que preparó su mamá y platicó con su padre acerca de los palos que había que instalar para terminar de cercar la parte lateral de la finca. Después de dar las buenas noches, se dirigió a su habitación para descansar, pues un leve dolor le adormecía su columna por estar toda la tarde sentado. Al entrar, se fijó que las imágenes de la Virgen del Carmen y su trofeo del concurso de luces estaban siendo atacadas por una telaraña que junto con el polvo le recordaban su descuido, así que antes de dormir se dispuso a limpiarlas.

Mientras tomaba en sus manos una de las imágenes, le pedía a la Virgen que lo protegiera en el evento que tenía el próximo fin de semana y que le pagaran pronto, pues los recibos del agua y luz no demorarían en llegar y el material se estaba agotando. Era claro que ya no eran épocas de bonanzas, desde que el Gobierno estaba prohibiendo la explotación de carbón por parte de pequeños mineros en Cundinamarca, los ingresos disminuyeron para estas poblaciones y ellos, siendo sus clientes, preferían gastar el dinero en productos de primera necesidad, por lo que sin ser carbonero él también se estaba viendo perjudicado.

Pero él no desfallecía y sabía que mientras hubiera salud de alguna manera se rebuscaría. Con esa actitud se había propuesto ganar el concurso del Festival de Luces meses atrás, con cuyo premio podría matricular a su hijo en la Escuela Militar, así lo recordó mientras limpiaba el trofeo que era prueba de su osadía. Siguiendo el consejo que él mismo le había dado a Fredy cuando presentó el Icfes: «cualquier meta se debe planear y poner en las manos de Dios», empezó a analizar cómo ganar el premio y descubrió que el truco, por supuesto, se encontraba en la novedad, porque la gente del pueblo estaba expresando que el evento se estaba convirtiendo en lo mismo de siempre, a pesar de ser más grande que hace más de

veinte años cuando inició, no se veían grandes invenciones y la pólvora importada resultaba siendo la admirada.

Por eso, sus propias habilidades se volvieron las armas más poderosas que tenía. Sabía del manejo del chin y de una singular manipulación de la luz. Trabajó ininterrumpidamente todas las tardes por tres meses en el diseño de las figuras, logrando que tres círculos ubicados en la parte inferior giraran y dispararan destellos de colores hacia arriba, que prenderían la siguiente etapa, donde un gusano azul brillaría con luces plateadas, iluminando un capullo que se abriría y cerraría con la fuerza causada por los arranques laterales que se le habían instalado. La sorpresa de los espectadores fue inevitable al visualizar finalmente en la parte superior, una mariposa que giraba justo cuando luces doradas la adornaban desde la pieza inferior del castillo, mientras de las antenas de esta salían batallas de flores de color rojo con verde y de las alas caían en cascada luces de distintos colores.

Tal vez muchos admiraron su trabajo y lo aplaudieron, como puede que otros no lo hayan alcanzado a ver o no les haya importado, pero cuando su obra era exhibida, Bernardo sentía que por fin daba fruto el trabajo de una vida, que aunque aún no terminaba, si culminaba gran parte de ella para cambiar de alguna forma. Al fin y al cabo no era solo él quien estaba ahí, sino su pasado acompañado del presente, que debía continuar tejiendo para asegurar la fabricación del futuro de su hijo, quien brillaría tanto o más como las luces, que en ese momento le robaban espacio a las estrellas del cielo.

Así pensaba cuando puso el trofeo nuevamente en el puesto. Luego cerró la puerta de la habitación y apagó la luz, ya se iba a dormir cuando recordó echarse la bendición, lo hizo y tan pronto encontró posición para dormir, se dispuso a descansar para madrugar a la primera misa del día siguiente.

3.3 La libertad de la luz

A Carlitos lo conocí en Garagay en el tiempo que la plata valía y se podía botar para lo alto. La mayor parte de mi vida la dediqué a la pólvora y otros ratos a la esmeralda, la construcción, al campo o a lo que saliera. Sin embargo, la pirotecnia siempre ha sido buen negocio, por eso como desde los veinticinco me volví polvorero de tiempo completo. En ese tiempo no estábamos muchos metidos en el cuento, por lo que en Garagay por lo general era a mí a quien contrataban para las fiestas. En una de esas ocasiones, uno de los obreros me quedó mal porque se puso a tomar desde la mañana y no pudo ayudarme en la tarde del sábado. Yo estaba bien embolatado instalando el castillo de la Virgen del Carmen, cuando llegó un chinito de unos trece años, tan gordo como un palo. Desde lejos se le veía lo

sufrido que le había tocado al pobre, pero eso sí avisado como él solo. Se acercó mirando lo que estaba haciendo y al verme atarado se ofreció a trabajar.

La verdad es que yo ya había oído hablar del muchacho. Estaba viviendo con unos tíos ahí en el pueblo, porque era huérfano de papá y mamá. Antes le ayudaba con sus hermanos a sus abuelos por allá en Suaquica en un tallercito que tenían de pólvora, pero la situación se puso más dura y a él le toco salir a conseguir trabajo y valerse por él mismo, según contó la señora Lilia de la tienda en la esquina del parque, quien era amiga de la tía de Carlitos.

Por eso cuando me pidió trabajo, sabiendo que él tenía idea de la pirotecnia, lo puse a alcanzarme cosas que necesitaba para terminar de armar todo y a la siguiente semana lo contraté en la fábrica. Acordamos que le pagaría diez pesos en el mes para sus gastos, con eso él compraba por ahí su comidita y le daba algo a la tía por la posada. A pesar de que le rendía mucho con el oficio, el verraco era muy inquieto, haciéndome sacar el mal genio algunas veces. Como yo no conocía mucho de fórmulas, no me ponía a experimentar, puesto que era peligroso. No obstante, Carlos, a que siempre le interesó el tema, leía libros o folletos que me habían regalado por allá en Bogotá y en tres ocasiones lo encontré haciendo experimentos en las enramadas retiradas.

Un pariente de la ciudad vino a visitarlos para navidad y aunque no creía que el muchacho entendiera de pólvora, le trajo materiales en enero para que le hiciera unas gruesas y, de paso, comprobar si era verdad que él sabía de este oficio. Por supuesto, durante toda la semana Carlos me pidió permiso para trabajar en eso. El sábado quemaron las muestras, y quedó demostrado el conocimiento que tenía, por lo que ahí mismo el señor ese se las compró y empezó a venir cada quince días por más.

Él siguió trabajando conmigo durante un tiempo, pero cuando tuvo más gente que le comprara, se ubicó en unos ranchitos que hizo en un lote heredado por su padre. A mí me hizo mucha falta, él siempre fue muy servicial y no le volví a decir nada de los experimentos porque me di cuenta que ese conocía tanto la pólvora como a él mismo, por esa razón no se iba a dejar matar.

Aun así, me dio mucha alegría verlo hacer poco a poco su capital y salir adelante, porque una cosa es uno con sus papás, pero él, que ni el uno ni el otro, verdaderamente era de admirar. Como nunca le gustó quedarse quieto, a los quince se fue para donde el tío materno en Chiquinquirá para que le enseñara a hacer castillos, yo solo lo pulí en la cuestión de los voladores. El hombre era experto en las presentaciones, sabía cómo combinar los diferentes productos para hacer buenos espectáculos y así lo volvieran a contratar. Eso sí, lo de chiflado definitivamente era de familia. Don Aureliano también era amante de experimentar con los colores

para los castillos, por consiguiente ese par de locos se la llevaban muy bien. Pudieron montar una especie de sociedad entre los dos, producían juntos, vendían y se repartían según les correspondiera.

Pasado un tiempo se vino nuevamente para Garagay a fabricar los productos que aprendió, pero sobre todo a conocer los explosivos que nosotros utilizamos. Solo estudió hasta segundo bachillerato, no pudo más, pero cuando usted hablaba con él sobre química, le parecía estar conversando con todo un profesional, su inteligencia es sorprendente y al final la ha construido por medio de estudio, pero siendo él su mismo profesor. Varias veces cuando yo iba a su taller a visitarlo, lo encontraba leyendo libros de química básica o de secundaria que le prestaban sus tíos, vecinos o conocidos. Yo no sé de dónde le nació ese interés, pero le solía escuchar decir: «si se fija sumercé, la pólvora sale mala es porque los materiales son mal hechos», tal vez eso era lo que lo motivaba a investigar esa vaina. Aunque él tenía razón, no todos tenemos esa inteligencia, somos polvoreros pero no químicos.

De todas formas, yo pienso que Dios a cada quien le da sus cosas, porque Carlos siempre tuvo quien lo apoyara en sus investigaciones. Por ejemplo, por allá en Bogotá, durante los setenta entró a trabajar en un Batallón, ayudando con el manejo de los químicos. Se ganó la confianza de un general y se pusieron a hacer indagaciones, analizando cada compuesto y leyendo libros más especializados. Como el muchacho le había contado acerca del trabajo de la pirotecnia, tenían la idea de montar una escuela para que la gente supiera en verdad manejar esos explosivos, evitando así tantos accidentes en la época -de hecho yo en mi vida tuve dos y estoy contando el cuento de milagro-, pero resulta que como el tema de explosivos es tan delicado en Colombia, al final al amigo de Carlos lo destituyeron dizque porque estaba promoviendo el terrorismo, y a él lo echaron sin darle oportunidad de defenderse.

Ese acontecimiento le provocó mucha tristeza, no tanto por lo que le paso a él, sino más bien porque sentía culpa de que la vida al general se le hubiera desplomado en minutos. Lo único bueno que quedó de ese trágico acontecimiento fue que al Carlitos se le prendió aún más la curiosidad por conocer de la pólvora y ya era bastante el conocimiento que estaba acumulando.

Gracias a eso, lo tuvieron en cuenta en una iniciativa que lideró Jaime Castro para mejorar la pirotecnia. En Bogotá los reunieron varias veces para saber cómo era la situación y qué necesitaban. Al fijarse que podían capacitarlos para que desarrollaran con mayor seguridad su labor, les pidieron que eligieran entre ellos a un pirotécnico que los representara en el Comité y fue enorme la sorpresa para Carlitos cuando votaron por él. Debí reunirse con personas de la universidad con el fin de orientar el programa, se puso en contacto con decanos de sociología y

química para intentar buscar una persona en otro país que les pudiera enseñar cosas más avanzadas. Todos estaban poniendo de su parte, lo único que hizo falta fue estudiantes, puesto que el orgullo de la gente los hizo desertar de tal proyecto. Según justificaron ellos, porque ya sabían cómo se hacía la pólvora y no necesitaban que les dijeran lo que conocían. Carlos tenía razón cuando concluyó sobre lo sucedido: «la ignorancia es muy atrevida».

Ahora recuerdo que esa frase se la escuché por primera vez la noche que lo llamé para saber cómo seguía el muchacho accidentado. Es que a uno le llega la sal cuando menos se lo espera. Yo creo que tuve el presentimiento varias veces, pues casi una semana me soñé todas las noches con Carlos. No obstante, antes de ir a visitarlo para ver que estuviera bien, se me adelantó la tragedia. Según me contó él mismo, Sebastián ya llevaba trabajando más de dos años en el taller, el joven conocía de los procesos porque Carlos lo había instruido antes de ponerlo con la pólvora, de hecho algunas veces lo vigilaba por si estaba haciendo algo mal y entre más hacía tal vigilancia se convencía de que ya era todo un polvorero.

A pesar de eso, al muchacho casi lo mata la confianza. Una mañana en que él estaba consiguiendo material para hacer volador, el obrero llegó, saludó a Amalia, la esposa de Carlos, le pregunto si él debía hacer las preparadas y al ser afirmativa la respuesta, se puso en ese trabajo. Prendió la radio y sintonizó una emisora en que se escuchaba «Clavelitos con amor, perfumados de alegría. En tu corazón los pongo Oh linda madrecita mía...», siguiendo él la melodía con el silbido. Así Rómulo Caicedo le alegraba la vida, mientras él alistaba una preparada para las luces de castillos. Agregó el clorato de varita, luego el aluminio en escamas y por último tomó una porción de un compuesto del que no leyó el empaque, pensando que era el correcto. Entonces a los pocos segundos, Amalia sintió un estruendo que rompió los vidrios de la cocina. Salió apresurada y pudo ver las llamas que salían de la enramada ubicada a unos cuantos metros. Por fortuna la onda explosiva mandó a Sebastián lejos, porque de lo contrario el pobre hubiera quedado ahí.

Me enteré, justamente, debido a que Carlos me pidió plata prestada para poder ayudar al muchacho en las cirugías que le debieron practicar, las cuales no pudieron curarle daños irreparables en su ojo y mano izquierdos. Cuando estuvo mejor, le preguntamos cómo había sido la cosa y nos explicó que se acordaba que iba agregar el último químico, mientras cantaba «te los brindo con amor en este...» y después de eso, cuando despertó ya lo llevaban en un carro envuelto en sábanas.

Ese tiempo fue de gran crisis para mi ahijado de boda. Le tocó trabajar bien duro para poder levantarse, pues por poco debe vender la casa; menos mal la familia de Sebastián no puso tanto problema y le permitió ayudar como pudiera, porque de lo contrario hasta en la cárcel hubiera parado. Si no es por ese trabajo que le salió en Bogotá, quién sabe dónde estaría. A él siempre lo ha ayudado su buen

juicio y esa particularidad que tiene en el conocimiento de la pirotecnia, así me lo hizo saber don Rafael mientras platicábamos en la fiesta del bautismo de Robertico, el hijo mayor de Carlos.

Para encontrarlo no fue fácil. Nosotros ya habíamos buscado entre nuestros trabajadores, con amigos de Cundinamarca, en Cali y hasta Santander fuimos a parar. Conocimos a gente muy buena pero ellos solo hacían lo que se les pusiera a hacer, no obstante a muchos los contratamos por su rendimiento. Realmente necesitábamos a alguien que dirigiera el personal porque con todos los negocios que nosotros teníamos no podíamos estar siempre, ya la esperanza de encontrarlo nos estaba abandonando y teníamos que tomar decisiones para ver qué negocio dejábamos y poder dedicarnos a la pirotecnia.

Sin embargo, ya ve usted, las cosas llegan cuando uno menos las espera. Yo estaba mandando arreglar el carro en el taller de don Pedro un jueves en la mañana, cuando un señor entre los 30 y 40 años entró para pedir indicaciones de la fábrica «El Duende», ninguno dio razón porque no la conocíamos. Salió y seguimos conversando, sin darle importancia.

En la tarde, cuando llegaba del almuerzo, un hombre me esperaba en la entrada.

-Don Rafael, buenas tardes- se dirigió a mí.

Me detuve para prestar atención a quien me llamaba, me fijé que era el mismo señor de la mañana.

-Mire, yo soy Carlos Jiménez. A mí me dijeron que viniera a buscarlo porque necesita un polvorero que le administrara la fábrica- dijo. En la mañana nos encontramos, pero me dieron el nombre de la empresa mal y por eso no nos reconocimos.

Me mostró una hoja de cuaderno que efectivamente decía «El Duende», pero nuestra empresa en verdad se llama «La Tierra de las Hadas». Por fortuna, don Pedro le aclaró la equivocación en el restaurante donde casualmente ambos fueron a almorzar. Realmente me sorprendió su persistencia y vivacidad al hablar. Lo hice seguir y le pregunté sobre su experiencia. Ahí fue cuando me contó de usted, del tío, de las distintas fábricas donde él había trabajado y la que él tenía actualmente. Me fascine aún más en el momento que me dio una breve explicación del proceso de oxidación y de la humedad de algunos compuestos. Finalmente decidí darle

una oportunidad y ponerlo en periodo de prueba, que terminó siendo de diez años.

Él decidió trasladarse con su familia para la ciudad. Al principio dijo que quería trabajar como si fuera un obrero más para conocer a todos sus subalternos. En cuestión no más de un mes se sabía el nombre de los cerca de 120 trabajadores que teníamos y cuál era el oficio en que mejor se desempeñaba cada uno. Y no obstante, yo aún los confundía. Después de eso, me pidió permiso para hacer una reunión con algunos de ellos, a quienes les notó compromiso con la empresa y mayor rendimiento. En ese tiempo nosotros fabricábamos principalmente martinicas y bengalas. Así que en cada uno de los productos, dispuso gente específicamente para determinado proceso o actividad. En cada uno de esos «frentes», como él los llamaba, delegaba a uno de los hombres con que había hecho la reunión. De tal modo que únicamente se comunicaba con los cabecillas y ellos debían monitorear el desempeño de las personas que tenían a cargo.

Ese mecanismo fue muy efectivo para la fábrica, se pudo producir más y nosotros tuvimos tiempo para diversos asuntos. Casi dos años después, viendo que Carlos podía estar pendiente de todo sin estar siempre en las instalaciones, le pedimos que asistiera a reuniones con pirotécnicos de otros países que nos invitaban para conocer sus procesos e igualmente venían para aprender de los nuestros. Obviamente su ahijado estuvo encantando, porque ya sabe del gusto que tiene él por la investigación en la pólvora y más exactamente por la química de esos elementos. Por ello, también lo designamos a él, puesto que era el indicado para captar la información relevante y explicar en términos profesionales lo que hacíamos acá. Ahí donde lo ve, él estuvo en Brasil, Venezuela, Panamá, Ecuador y duró un buen tiempo en una empresa de Argentina, trabajando y aprendiendo. Eso nos sirvió para desarrollar otros productos o negociarlos con esa gente. Además instalamos maquinaria para hacer algunos químicos, como el nitrato, cuyo proceso se había aprendido en el exterior, ahí Carlos nos ayudó bastante gracias a su saber. Cuando no había viajes programados, adelantaba el trabajo, hablaba y dirigía al personal y en las temporadas altas pedía permiso para conocer pirotécnicos aquí dentro del país. Ahí fue cuando le salió lo del trabajo con Jaime Castro, ¿si recuerda? Sin embargo, no fue mucho el conocimiento que pudo adquirir internamente, él siempre se quejaba de que la industria pirotécnica en Colombia estaba rezagada porque nadie la veía como un trabajo decente sino nos creían delincuentes y por eso en cualquier momento nos iban a acabar.

Esa era una realidad de la cual muy pocos estaban conscientes y por eso en el momento en que Mockus nos declaró la guerra, estábamos desprevenidos.

Cuando salió el bendito decreto que prohibía la pólvora en Bogotá, fue un desastre. En esa ocasión a nosotros nos decomisaron mucha mercancía y hasta los policías se comportaron como unos criminales, destrozando todo para hacer el dizque sellamiento del lugar. Pero eso sí como nosotros éramos una empresa legal y de todas formas yo no soy ningún pendejo, nos fuimos a demandas contra el alcalde por violarnos nuestro derecho al trabajo y a la libre propiedad. Aunque se pudo recuperar algo y hacer que el decreto lo anularan, usted sabe que la situación no volvió a ser igual para nosotros porque de todos modos dictaron leyes nacionales. Así, que sin indemnización, como lo habían prometido, ni nada, nos están acabando. Lo que nos tiene salvados sinceramente en la empresa son los productos que traemos de China. Por eso lo que más me duele de esa situación fue tener que despedir a tantas personas que me habían colaborado, fijese usted no más, de 120 pasamos a 30, por eso fue que le aconsejé a Carlos que buscara empleo porque no sabía hasta cuándo se lo podía brindar yo.

Afortunadamente, a mi pobre ahijadito lo llamaron pronto para la «Luna de Fuego». Aunque esa empresa no era igual de grande a «La Tierra de las Hadas», él estaba contento porque prácticamente la fundó. Los hermanos Rativa, que eran sus socios, le propusieron que ellos ponían la plata, y el trabajo en la empresa iría por parte de él. Cuando empezaron, el mayor de los hermanos –Adelmo, se llama- compró un lote que no tenía ni agua, ni luz, donde ubicaron unos ranchos para hacer martinicas, voladores y otras cosas poquitas. A los tres años llegaron a manejar casi treinta empleados y pudieron comprar mejores instalaciones. No obstante, Carlos no se amañó sino hasta los seis años porque tuvo problemas con ellos y prefirió dejar así.

Todo eso fue lo que me contó don Bonifacio, el padrino de Carlos. Una historia de la cual yo ya conocía varios episodios. Ese día hablamos bastante mientras nos comíamos un pedazo de carne y papa salada con guacamole, antes de irnos a la procesión con la Virgen del Carmen, para llevarla de nuevo al monumento. Ese fue uno de los festivales más grandes que pudimos hacer, se veía gente por montón en todo el pueblo. Vino una delegación de Villavicencio de joropo y eso prendió la fiesta. El viejito Bonifacio no quiso acompañarnos a la alborada, pero eso había whisky, aguardiente y manzanilla por todo lado; cuando llegamos al parque para seguir bailando con la música de la papayera, hasta el alcalde ya tenía sus traguitos en la cabeza. Yo me fui temprano porque tocaba traer la imagen a las 11 de la mañana y con el sol que hace a esa hora, no aguanta estar enguayabado. La iglesia también estaba a reventar, pero la gente esperó todo el tiempo, por eso es que en Suaquica casi no se ven accidentes, porque nos encomendamos al Niño Jesús, al Señor de los Milagros y por supuesto a la Virgencita del Carmen. Por la tarde, yo me fui a ver cómo estaba quedando el castillo que íbamos a presentar, ayudé a terminar de armarlo e instalé unas carcasas. A eso de las cinco me fui a

alistar y regresé a las siete, antes de que comenzara el festival. Más tarde me encontré con Carlos y fue cuando me presentó a don Bonifacio, desde el primer momento nos caímos bien. Lo malo, como siempre, es que tocó esperar mucho para comenzar a prender y cuando por fin empezamos me dio esa emoción indescriptible, pues sin importar que ya la he tenido por diez años, la siento siempre como si fuera la primera vez. Y no es para menos, puesto que es el único momento que reconocen nuestra labor, el resto de año es trabajo y trabajo y lucha para que no le quiten a uno la mercancía.

En ese festival nos lucimos, yo me quedé hasta la madrugada del domingo festejando, la alborada me dejó en la casa. A eso de las 9, Carlos me llamó para que hiciéramos un asado y allá me fui. Pusimos la carne al caldero, mientras las mujeres lavaron las papas y pelaron la yuca. Trajimos una canasta de cerveza, y gaseosa para los niños. Comimos temprano para estar a la una y media en la iglesia, asistir a la misa y acompañar la imagen nuevamente al monumento. Y así todo mundo se iba yendo mientras nosotros continuábamos con nuestra vida de polvoreros.

De todas maneras, yo no vivo tan apresurado, solamente le vendo a gente del pueblo y a veces fabrico para compañeros. Con Carlos somos socios hace como cinco años, él es uno de los que les fabrico, porque él sí lleva para Villapinzón, los Santanderes y diferentes partes. A cambio él me proporciona material como el nitrato, la papelería y los cohetes. Con el hombre nos hemos entendido bien. Desde que volvió a Suaquica hace como quince años, porque se puso la vida pesada en Bogotá por las prohibiciones de allá, provee a la gente de algunas materias primas y además «morterea» la pólvora negra. Él trajo el primer mortero aquí a Suaquica, ahorita ya existen dos más, pero esos fueron instalados hace solo como cinco años.

Él se dedica a hacer el nitrato, alguna vez intentó explicarme cómo era ese proceso. Coloca en unas pailas de acero un abono que llaman Nutrimón, de ahí sale una sal purificada que pone a secar, la tuesta en una máquina especial que tiene, para luego molerla y ahí ya está. Ese material es de calidad y permite que el volador quede bueno. Eso fue lo que se trajo de la fábrica «La Tierra de las Hadas». Sin embargo, la mayoría de ocasiones usted viene y lo encuentra es «mortereando». Casi no le gusta meterse a hacer volador, él contrata a gente para que lo haga, pero eso sí deben ser expertos en la cuestión, solo en la temporada emplea trabajadores de lleno, pero ahorita como está dura la venta, son tres o cinco máximo. En ocasiones, con su hermano Ismael le pagan a un muchacho para que haga tubos o cohetes y él se lleva el material a su casa, para hacerlos allá junto con su esposa. Después le traen los productos fabricados, les pagan según la cantidad que hayan hecho y me lo da a mí para que lo pise y amarre. Yo lo llevo a los ranchos que tengo en un lote de mis papás y allá trabajo.

Una de las cosas que nos ha permitido entendernos, es que yo sé trabajar bien, así que él no me está regañando o molestando como a veces le toca con otras personas. Por fortuna cuando comencé a los catorce años en la fábrica de don Niceto, él fue un gran maestro para mí. Me involucró poco a poco en los procesos hasta que al fin supe manejar la pólvora sin miedo. Duré casi quince años con ellos antes de que Alberto me apoyara para desempeñarme independientemente.

Él es uno de esos amigos que se convierten en un tesoro, dicen por ahí. Como siempre nos hemos tenido confianza, él me propuso que yo produjera material para que él lo comerciara. Me traía las materias primas de Bogotá y me dio un plante para hacer las vueltas de la Cámara de Comercio y poder armar los ranchos. Así trabajamos durante cinco años pero como ahorita se vende solo en temporada, únicamente pactamos para esas fechas. Por eso, en el momento en que necesito invertir en negocios, me financio con los proveedores pidiéndoles crédito o con bancos en Bogotá. Para todo eso fue que me sirvió validar el bachillerato, porque uno al menos sabe sumar y restar, de esa manera los asesores no le ofrecen cualquier crédito.

Otra de las razones por las que me ha gustado trabajar en sociedad con Carlos es que uno aprende mucho todo el tiempo. Él trata de explicarme algunas cosas de química para que tenga en cuenta al momento de hacer preparadas o manejar explosivos, porque según dice él, «usted nunca va a cometer así una imprudencia por ignorancia». Además ha logrado desarrollar ciertas formulas en lucería, ya que específicamente sabe el efecto de cada químico. Las ocasiones en que viene su hijo Roberto, nos comenta sobre cosas que mira en internet, como maquinaria e innovaciones de Alemania o por allá de esos lados, puesto que al chino le ha gustado la vaina de la pólvora, pero dice que quiere hacer algo más tecnificado. A veces también debatimos sobre política, ambos somos muy inconformes con el Gobierno, es que se ven tantas injusticias y desigualdad, que uno termina por no votar, porque es tiempo perdido. Por ejemplo, a nosotros nos han hecho tantas promesas, pero al final no hay apoyo de nada. Si simplemente se reconociera esta labor como una profesión, tal como se hace en diversos países, de seguro la situación sería diferente.

Lo cierto es que aunque mi conocimiento acerca de todo eso es muy básico, porque no he estudiado tanto como Carlos, me queda el ejemplo de él para trabajar con calidad. Yo creo que puedo laborar con mayor seguridad cada vez que le aprendo algo, uno aprende a cuidar la vida propia y la de los demás, involucrando al cliente sobre todo, pues si un producto estalla mal, los resultados ya se ven en noticias. Yo así me siento desatado de seguir siempre lo mismo, porque puedo hacer mi trabajo con mayor confianza, pues quien descubre la verdad, la verdad lo vuelve libre.

3.4 Polvo de estrellas

Hoy mi abuelo me regañó porque me acerqué a los ranchos donde él estaba pisando unos voladores. Yo sé que no le gusta que esté allá por el peligro que representa esa actividad, pero estaba aburrida de no hacer nada por eso lo fui a buscar. Me cansé de jugar con Copito, poniéndole una cabuya en la cara para que empezara a seguirla. Él fue mi regalo de cumpleaños, es hijito de una gatica negra, aunque él salió amarillito como el papá.

Por fortuna, mi «abue» ya terminó su labor y ahora está haciendo la caja del trueno, mientras lo acompaño jugando a la comidita con las ollitas que me trajo el Niño Dios en navidad. Yo paso más tiempo con él ya que mi abuelita me regaña mucho, mis papás salen a trabajar temprano y llegan hasta después de las cinco, Luis -mi hermano- se va a hacer las tareas del colegio y mi tío casi no la pasa en la casa. A veces me dejan ir donde Sofia, quien es la nieta de la hermana de mi abuelo. Sin importar que somos parientes lejanas, nos divertimos jugando a las escondidas, al reinado, a la casita, escribiendo «Liz y Sofi» en los cuadernos de diferentes formas o cualquier cosa que se nos ocurra. Aunque su vivienda queda frente a la mía, en ocasiones no me dejan ir porque ellos igualmente son polvoreros y mi padre no quiere que interrumpa.

Como todos están dedicados a un oficio en la fábrica, algunas veces Sofia se aburre. Al lado de la casa tienen una chocita donde las mujeres de la familia hacen tareas que no se relacionen con explosivos. Porque eso está prohibido, no se pueden manejar en lugares residenciales, dice mi abuelo. En la entrada se ubica Adelita, la menor de las hijas, le gusta hacer lo de lucería y por eso hace los tubitos donde empacan después los químicos. Luego está Sixta, la mamá de Sofi. Ella por lo general hace tubos para el arranque. Cuando sea grande, me gustaría hacer ese trabajo para poder aplicar el gomel, ese pegantico que le echan al cartón. Josefina, la mayor, empaca los truenos, la bomba y el arranque para hacer el volador, a veces la escuchamos contar: «uno, dos, tres, cuatro... catorce truenos y la bomba», dice cuando el volador es de quince, «siete, ocho, nueve... diecinueve y la bomba», cuando es de veinte y así hace con todos dependiendo el calibre. Por lo general trabaja callada pero le gusta hablar en los momentos que se siente aburrida.

La hermana de mi abuelo casi no está en la casa durante las temporadas, ella y su hijo Raúl salen a conseguir los contratos y a hacer presentaciones. El miércoles de la semana pasada me dio tristeza verla llorar, debido a que se cumplían tres años de la muerte de su esposo. Se conocieron en el tiempo que él trabajaba como empleado del polvorero más antiguo de Suaquica, pero a los dieciocho años él decidió montar su propio taller. Doña Ana, la abuelita de Sofi, le ayudaba a cumplir los contratos que tuvieran, sin importar que le tocara una vida muy pesada, pues debía encargarse además de lavar la ropa, cocinar, barrer y trapear. Asimismo,

ella les pagaba a los obreros los fines de semana en los que don Santiago tenía compromisos afuera. Sumaba la cantidad de productos hechos por cada uno de lunes a viernes, agregando los correspondientes al sábado si laboraban, de esa forma les mostraba el total por si existía alguna duda y les pagaba. Ese proceso lo sigue haciendo aún de la misma manera, remplazada en ocasiones por alguna de sus hijas.

Por eso, cuando debió asumir la dirección de la empresa familiar no fue tan complicado. Se dirigió a los clientes que ya tenía con el fin de darse a conocer como la nueva representante, dada la ausencia de su marido. Algunos, de modo injusto, le pedían rebajas absurdas en los contratos, pensando que ella no sabía del negocio. Dicha situación la manejó con cautela, intentando no perder la clientela, ofreciéndoles precios cómodos. Sin embargo, pasado un tiempo aprendió a darles promociones, encimándoles por ejemplo una docena o algo parecido, que al final compensaba el verdadero valor de su trabajo. Uno de los aspectos que tuvo a su favor fue que sus hijos estaban para apoyarla. A pesar de que ella no quería que se quedaran como pirotécnicos, desde los siete u ocho años se empezaban involucrar poco a poco y hoy en día siguen participando. Raúl la acompaña a cerrar los contratos o se turnan, mientras que las mujeres están pendientes de la fabricación. De cualquier forma, siempre se están comunicando acerca de los pedidos que tienen, de los inconvenientes que surgen, de los químicos que requieren, del valor del crédito que van a solicitar, del obrero que pidió trabajo o del que no vuelve más, para que así puedan decidir cómo actuar ante tales situaciones.

Yo creo que los abuelitos de Sofí se querían mucho o de lo contrario no hubiera afrontando las situaciones que vivieron juntos. Por ejemplo, en una ocasión casi se quedan sin nada por un accidente que tuvieron algunos de sus empleados. Sin embargo, la culpa fue de los muchachos. Tenían que hacer la quema de unas carcasas después de que salieran las personas de la misa del segundo día de la novena navideña. Don Santiago los había designado a ellos, confiando en la experiencia que tenían, además él debía ir a hacer una presentación por allá en Aquitania y doña Ana estaba en la casa, ayudando con la producción, puesto que tenían bastante pedido. De todos modos, eran trabajadores de mucho tiempo y ya habían hecho presentaciones solos. Lo malo fue que se pusieron a tomar a eso de las cinco de la tarde y en el momento que tenían que prender, como estaban borrachos, se presume que colocaron mal el cigarrillo y hubo una explosión que los involucró únicamente a ellos. Las heridas fueron muy graves, por lo que los abuelitos de Sofía debieron costear esos gastos, sacando plata prestada y vendiendo un carro que tenían.

Pero lo peor les pasó cinco años después. El dueño de la empresa sufrió un accidente terrible mientras manipulaba unos explosivos para hacer preparadas.

En esa ocasión debieron vender una finca y él desde ese entonces presentó problemas de salud.

Menos mal en el taller de mi abuelito no ha pasado ningún accidente. Mientras enrolla el papel me lo imagino de niño. Él me contó en una ocasión que no era inteligente en el estudio, que no le gustaba —pero me advierte que yo sí debo sacar excelentes notas teniendo en cuenta la dureza de la vida actual—, que prefería ayudar en las cuestiones de la familia, trayendo agua, rajando leña y cuidando los animales. A la edad de catorce años, unos amigos que eran polvoreros le dijeron que si quería podía trabajar en la fábrica de su papá. Él le enseñó las distintas actividades en el arte de la pirotecnia, y cuando el señor falleció, mi abuelo se desplazó a municipios de Cundinamarca para fabricar castillos principalmente.

A los treinta años, como sabía desempeñarse bien en el oficio y no le agradaba que lo regañaran, montó su propio taller con 70.000 pesos que había ahorrado. En esa iniciativa lo apoyó mi abuelita, a quien había conocido cinco años atrás. Él la quiso por su belleza, por ser buena hija y ayudar a su familia, eso le encantaba. A pesar de lo regañona que es en ocasiones, yo pienso que además hace una comida deliciosa. Ellos pudieron aprovechar la época en que el negocio era muy bueno, pues con el dinero que recibían de la pirotecnia compraron una casa cerca de mi colegio, la finca donde vivimos y otra llegando al río. Si bien les dio esas comodidades, mi abuelo debió distanciarse en varias ocasiones de su familia por la pirotecnia, ya que siempre ha tenido que viajar muy lejos para conseguir clientes.

Los días que aún tiene que ir hacer presentaciones, lo extraño demasiado. Ha viajado a la Orinoquia y a Cundinamarca, según me contó una tarde mientras me ayudaba a hacer una tarea de geografía, señalándome en el mapa los lugares que ha visitado. En el Llano le compran bastante volador, debido a que en la cosecha de arroz llega un patito que se come los granos y rápidamente puede dejar a los arroceros en la quiebra. Mi abuelito me explicó que antes les echaban un pegante que los mataba, pero eso es atentar contra la naturaleza, por lo que con el estruendo de los voladores los espantan sin matarlos.

En nuestra fábrica rara vez traen obreros, solo en algunas fechas contratan a un muchacho o una señora para que se puedan cumplir los pedidos. Generalmente mi abuelito y mi tío se dedican a producir antes de las festividades de la Virgen del Carmen y desde septiembre. Constantemente, durante el año hacen nitrato en el laboratorio que tienen en la finca que queda detrás de la casa. Allí tampoco me dejan ir, aunque en una ocasión que no estaban produciendo, mi abuelita me pidió acompañarla a llevarle tinto a mi abuelito. Lo encontramos lavando las cacerolas donde echan un abono, que ponen a cocinar, ahí mismo está la tostadora y luego un molino donde terminan el proceso.

Ellos saben producir toda clase de pirotécnicos, no obstante, desde hace muchos años compran la mayoría, pues así salen más económicos que si los elaboran, por eso solo fabrican voladores, bombazos y castillos. En estos últimos, mi mamita es una experta haciendo figuras, sin importar que no trabaje de lleno en este oficio, pues se alquila para lavar ropa o arreglar casas, le heredo a su papá este arte. Los sábados en la tarde le gusta armar flores, círculos, rombos, estrellas y cualquier figura que se le pida, dejando adelanto por si llega algún pedido. A la vez que Nelson, su hermano, complementa su obra con bonitos colores que sabe sacar de las preparadas y que ubica en las varas del chin. En años pasados, cuando venían de otras polvorerías, intercambiaba fórmulas con otros polvoreros. Por eso es que mi abuelito dice que él es un gran químico.

De esa manera, él no se preocupa si en algún momento llega a faltar, ya que sus hijos podrán continuar con la empresa. Cuando yo tenía dos años, él estuvo muy enfermo y tuvo que retirarse un buen tiempo de este trabajo. Ante tal situación acordaron con mi tío registrar la fábrica en la Cámara de Comercio a nombre de él, de tal modo que no hubiera problemas posteriormente. Desde ahí, se encarga de comprar la mercancía importada a un señor que vende en Suaquica mientras reúne dinero para ir a Bogotá a comprarla directamente allá. Además se ha dado a conocer con los clientes que ya tenían y cierra los negocios con ellos. Por su parte, mi abuelito, aunque sigue laborando en esto, también le gusta dedicarse a la construcción y la agricultura, pues no siempre hay la misma cantidad de pedido.

En cambio, en la casa de Sofia siempre están haciendo productos. Por eso tienen contratados tres empleados y en la temporada alta llegan a cinco. Ellos se encargan de hacer la cohetería, de pisar los tubos y todo lo que tenga que ver con químicos. Las casetas donde ellos trabajan están en un lote, ubicado cerca al Alto del Chulo. La mamá de Sofia le exige que estudie muy juiciosa, pues no quiere que sea polvorera como ella. En las noches se le ve el cansancio, me cuenta Sofi mientras vamos de camino a la escuela. Se levanta a las cinco de la mañana para prepararle el desayuno, a eso de las ocho se pone a hacer su oficio en la pirotecnia junto con sus demás hermanas y su mamá, cuando no tiene que viajar. En los días que le toca el turno de hacer el almuerzo, puede descansar un momento la cintura, que le duele bastante por permanecer tanto tiempo sentada. A eso de las dos, nuevamente retoman la labor. Les gusta escuchar en la radio música de su tiempo, se emocionan particularmente cuando sale la canción Bohemio de Afición de Los Rayos. Si hay harto pedido duran hasta las diez de la noche y se despiertan a la una, pero ahorita como es julio dejan la labor a las seis o siete de la noche y solo los trabajadores se van a las cuatro o cinco de la tarde.

Me agrada ir porque siempre están riendo y me ofrecen onces, aunque no me gusta cuando me dan colada. Solamente un día estaban de mal genio por el inconveniente que tuvieron con un señor de Bogotá. Según escuché, él les vendía

algunos artículos importados; sin embargo, le estaba subiendo demasiado al precio, mientras que un material que ellos le habían vendido, creo que eran voladores, ni siquiera se los había pagado, a pesar de que debieron dejárselo muy barato. Ese día decían que esa situación era la que dificultaba su ocupación, haciendo que las ganancias ahora sean mínimas, puesto que entre materia prima, mano de obra y transporte, era mínimo lo que quedaba para el pago de los servicios y la comida de todos.

El año en que cumplimos diez, a Sofi le querían regalar una bicicleta, pero no se pudo por un suceso inesperado. El tío y la abuela de ella viajaron en la noche de un viernes a llevar unos productos para las fiestas de Paipa; lo hicieron a esa hora, para evitar el peligro de que el sol hiciera que se estallaran dentro del carro. Pero en el cruce del Arrayán los paró un retén. Los soldados preguntaron acerca de lo que transportaban, al expresarles que era pólvora, le dijeron que estaba prohibido. Apresuradamente doña Ana sacó la carpeta donde tenían toda la documentación, mostrando que estaban autorizados para ese transporte, exhibió la licencia, el permiso de la alcaldía de Suaquica y el registro de la Cámara de Comercio, aun así se dispusieron a bajar todos los productos para decomisárselos. Ante tal acto, don Raúl se vio en la necesidad de decirles «cuánto quieren», pues era la única manera de que los dejaran pasar y no perdieran toda su inversión. Así que, de ese modo se quedó el dinero de la bici de Sofía con esos soldados.

Al mirar a mi abuelito, me siento muy orgullosa, ya que al igual que la familia de Sofía, siempre se preocupa para que no me falte nada. No obstante, cuando tose me preocupa demasiado, por eso quiero ser médico para poder curarle sus enfermedades y que nunca se vaya. Si algún día me toca irme de la casa, como lo debe hacer Luis el próximo año para estudiar en el Sena, lo que más extrañaré será el ruido que hace el volador al elevarse, a mi abuelo le gusta imitarlo con la boca, lo cual me hace mucha gracia. Además, cada vez que hay alguna fiesta en la casa, echan fuegos artificiales. Antes me daban miedo, pero ahora que entiendo que soy de familia polvorera siento que la Virgen nos manda bendiciones con las estrellitas que se hacen de las luces.

3.5 Señor Gobierno

El día de mi cumpleaños número treinta y tres recibí una llamada no justamente para felicitar me. Era Mario, el presidente de la Federación Nacional de Pirotécnicos para invitarme al debate sobre un nuevo proyecto que buscaba prohibir la pólvora totalmente. Durante el mes que tenía disponible preparé un documento intentando expresar la posición de los gobernantes, de acuerdo con proyectos anteriores y artículos de la prensa, que busqué en internet. En este exponía la realidad de la industria pirotécnica a través del relato de mi propia historia.

La sesión iniciaba a las diez de la mañana, por lo que me encontré con Mario a las ocho en el Portal de la 170. Desayunamos y nos dirigimos a las instalaciones del Congreso con el fin de llegar temprano. Veía mucha gente con corbatas y atuendos lujosos, todos me saludaban, sonriéndome como si me conocieran de tiempo atrás, me sentía extraño en ese ambiente.

Cuando iniciamos el debate, pude escuchar a varios congresistas, quienes lo único que hacían era exponer cifras sobre lesiones por pólvora. Un tal Teodoro dijo que esta solo representaba muerte y dolor, que quienes la creían una tradición estaban equivocados, puesto que solo existían unos viejitos encaprichados con el asunto y ni siquiera a sus hijos les interesaba esa labor, siendo conscientes de que debían modernizarse y trabajar en algo decente. El veneno de sus palabras me trasladó a épocas anteriores, cuyos recuerdos eran prueba de su mentira.

Desde los ocho años mi padre me involucró en el trabajo de la pirotecnia, señor Gobierno. Al principio no quería hacer los oficios que él me delegaba, pues prefería ir con mis amigos a rodar trompo, a jugar fútbol o con bolinches. Éramos bastantes los que nos reuníamos en un lote abandonado para contar chistes y divertirnos. Mi hermano era muy bueno contando historias de terror, por lo que varias noches los más pequeños terminábamos llorando, así que él debía calmarme antes de que se dieran cuenta en la casa o de lo contrario le pegaban.

Mi madre no quería que trabajáramos en esto, puesto que siempre mostramos buen juicio en el estudio y temía que «nos viciáramos a la plata», abandonando así el sueño de ser profesionales. Ella y mi papá buscaron siempre guiarnos por el buen camino y desde muy pequeños nos inculcaron el amor a Dios. Aunque debo confesar que de niño no me gustaba ir a misa, prefería dormir. Los domingos a eso de las cinco de la mañana me despertaban los gallos, que desde las cuatro daban los buenos días, pero yo me tapaba con la cobija y seguía durmiendo. Ya a las seis sentía el sol pegando por completo en mi cara y casi instantáneamente escuchaba entrar a mi madre a la habitación. Me hacía el dormido mientras- Martha y Toño se levantaban, la mayoría de las veces mi vieja se enfadaba, por lo que me hacía bañar con agua de la alberca, que era más fría que la de la ducha, «a ver si así se le quita lo holgazán», decía ella. Antes de irnos nos daban solamente un pocillo con aguapanela y medio pan para cada uno, en ese momento soñaba con el tamal que nos darían después de misa y quería que nos apresuráramos para poder disfrutarlo pronto, haciendo creer a mi mamá que su castigo había resultado.

En la iglesia me peleaba con Toño por escoger la esquina de la silla, pero el conflicto era resuelto con un pellizco que mi papá nos daba a los dos, de tal modo que él tomaba ese lugar y nosotros quedábamos apretujados entre él y mi mamá. Sin embargo, un día acordamos que cada uno se sentaría en una esquina y así no buscaríamos más pellizcos. Yo no entendía las cosas que decían y veía dormir a

algunos viejitos, por lo que empezaba a cabecear hasta que mi papá me daba un codazo. Me entusiasmé mucho el día que me dijeron que iba a hacer la primera comunión, ya que por fin podría comer de esas «obleitas» que daba el sacerdote. En medio de mi inocencia de niño, me dio por sacar de la boca la hostia, tan pronto le di la espalda al padre, pues me pareció muy fea, sin sabor, pero cuando sentí el pellizco de mi mamá me la tuve que tragar, por eso fue que en la foto donde debía posar serio con los dedos entrelazados, puestos sobre mi estómago, quedé con la mano en la boca llorando.

La temporada en que mi padre tenía mucho pedido, no íbamos a misa puesto que el tiempo no alcanzaba, esas ocasiones las compensábamos haciendo el rosario en la noche. Con el tiempo yo fui queriendo la pirotecnia, me volví muy ágil quitándole la cañabrava al chin, así que me sentía muy útil en esos días atareados porque mi papá no perdía el tiempo explicándome nuevamente cómo hacerlo. Eso sí me ponía como un tote cuando me espinaba con las astillas que quedaban y no quería seguir ayudando. Al rato volvía a iniciar y mi viejo sonreía burlescamente. A eso de los dieciséis años, terminando noveno, me enseñaron a zarandear la pólvora negra, a recebar la cohetería y hacer la mecha, que era mi trabajo preferido. Extendíamos el pabilo con mi hermano en el corredor de la casa, amarrándolo a los palos que sostenía la teja de zinc y le untábamos la pólvora negra mojada. Nos tocaba dejarlo secar y estar oreando con otras pasaditas de pólvora. Después Martha nos ayudaba a sostenerlo para cortarlo a la medida, acorde con el calibre de los voladores: entre diez y doce centímetros.

Recordando eso, volví a escuchar los puntos de vista de los proponentes. Sin poder decir ni media palabra debí oír que no era para menos la terquedad de los polvoreros en insistir con ese oficio, pues eran analfabetas, que debían empezar por ponerlos a estudiar o capacitarlos. A pesar del tono que tenía esa expresión, había algo de razón debido a que muchos no conocen el material que están manejando y por ello existen accidentes. Eso mismo lo pensaba mi padre, por eso nos exigía mantener en limpio nuestras calificaciones, de tal manera que no nos quedáramos burros como él, nos expresaba al finalizar cada periodo de estudio.

Yo, por ejemplo, durante el colegio trabajaba algunas tardes y todos los fines de semana. Sin embargo, al finalizar el bachillerato mis papás me apoyaron para que estudiara en el Sena una técnica de soldadura. Aun así, cada vez que venía o en vacaciones, le hacía a los oficios que tocara. Mis hermanos casi no venían porque tenían sus trabajos en Bogotá, así que con mi papá tomamos el manejo de la fábrica. Recuerdo muy bien la primera vez que él me pidió que lo acompañara a una presentación, no lo había hecho antes porque yo era niño y molestaba mucho. El evento era en Toca, por lo que mi padre contrató a don Luis para llevar los productos, nos fuimos a eso de las tres de la madrugada, para evitar cualquier accidente. Llegamos con tiempo de sobra y pudimos echar los bombazos para

amenizar la alborada. Con el alcalde se había acordado echar algunos voladores a las diez de la mañana y al medio día. A eso de las cuatro armamos el castillo en honor a la Virgen, instalamos los tubos de las carcacas, esperando que nos dieran la orden para quemar. Definitivamente, el mejor momento es cuando suena la primera granada, la gente se emociona y con sus aplausos llaman a la siguiente función.

En cambio, ahora, señor Gobierno, los polvoreros tenemos muchos problemas para transportar nuestro trabajo. Sobre todo la época de navidad es en la que más nos sentimos perseguidos. No hace mucho tiempo yo tenía una presentación en Villavicencio durante el siete de diciembre, así que por el calor que hace en la zona seguí el ejemplo de mi padre de viajar en la noche. Afortunadamente el alcalde pagó un carro para que viniera a recogernos a Suaquica, sin embargo, más adelante de Bogotá, un retén nos paró. Al ver que eran fuegos artificiales lo que llevábamos, me dijeron que no nos podían dejar pasar, que eso era ilegal y por ende decomisarían la mercancía. La cual en parte había fabricado con un crédito que había solicitado en agosto para proveerme de material y así poder vender en la temporada, yo había planeado comprar los regalos de navidad con las ganancias del contrato, pero si me quitaban los productos, quedaría colgado en las cuotas y sin regalos. Le mostré la carpeta con los permisos que siempre solicitan, pero insistía en no dejarnos pasar «a no ser que tuvieran algo para la gaseosa», dijeron. Así que decidí seguirle la oferta al comandante, dándole doscientos mil pesos. No siempre salimos tan bien librados como en esa ocasión, señor Gobierno. Por ejemplo, a José, otro polvorero de Suaquica, le quitaron una mercancía que se valorizaba en más o menos cinco millones, pues llevaba una licencia que estaba sin renovar y le pedían quinientos mil pesos que él no tenía, puesto que hacía tres meses su madre había fallecido y el gasto del funeral había sido inesperado. Por todo eso tuvo que vender la casa para responder a las fianzas que había sacado con los proveedores de materia prima, ya que no pudo vender nada.

Sin tener en cuenta esas situaciones, una de nuestras oponentes se atrevía a decir que éramos unos irrespetuosos de la ley, que las autoridades estaban para apoyarnos pero nosotros insistíamos en tomar el camino fácil. No creo que sea justo tener que pagar boleto extra para trabajar honradamente si nosotros ya hemos sacado documentación que nos cuesta no menos de un millón. Definitivamente nada era como antes.

La mayoría de viajes eran tranquilos a excepción de que se presentara un problema con el carro. El conductor y mi padre se venían conversando de cosas del pueblo, de carros, de ganado, de esmeraldas, de cualquier tema que surgiera y casi siempre terminaban hablando de su juventud. Por esos diálogos fue que aprendí a hacer los voladores a la antigua. Lo más difícil era cortar los canutos de la caña, para en ellos depositar los químicos como se hace hoy con el tubo de cartón. Previniendo

que estos no se reventaran, los amarraban con cabuya alrededor y algo que siempre me sorprendió fue que le dieran dirección al volador con una caña de chin en vez de la «hinota» que utilizamos actualmente. Me gustaba bromear diciendo que la gente debía salir corriendo cuando tiraban el volador, no fuera que les rompiera la cabeza. Además, me enteré que gracias a la pirotecnia fue que mi papá conoció a la mujer de su vida, pues ella llegó a trabajar en la fábrica de mi abuelo. Era la encargada de tapar los tubos con el plátano machacado que cocinaban previamente. Cuando por fin la pudo conquistar, se organizaron en un casalote que compró mi padre, donde empezaron a trabajar por su cuenta.

Con Ricardo, un obrero de mi misma edad, nos gustaba echar cuentos de jóvenes, mientras los otros hablaban en el carro. Aunque él no es hijo de polvoreros, sabe del arte como si lo fuera. Se metió al cuento después de dejar la escuela, ayudándole a un vecino que tenía su empresa. Allá duró como dos años y se vino a pedir empleo en la nuestra. Mi papá lo instruía como si fuera uno más de sus hijos y en agradecimiento siempre estaba dispuesto para lo que le mandaran. Por esa actitud era que lo considerábamos parte de la familia. Cuando montó su propio taller, me dio nostalgia que ya no estuviera en la casa, me hacía falta mi compinche de trabajo.

Él era uno de los que no estaba de acuerdo con que me pusiera a trabajar en la pólvora, teniendo una técnica. Me aconsejaba que consiguiera empleo en petroleras o algo parecido. No obstante, como ya sabía de este arte y el negocio es bueno, pues quise continuar en el momento que mi padre falleció. Para eso debí anular el registro de Cámara de Comercio que ya teníamos y ponerla a mi nombre. Mis hermanos estuvieron de acuerdo, pues ellos tampoco querían que la tradición se perdiera, pero no tenían tiempo para dedicarse a la pirotecnia. Por fortuna, a mí me conocían tanto los clientes como los demás polvoreros. Por eso cuando acudí a don Arturo para que me vendiera fórmulas de lucería, me las dejó a muy buen precio. Asimismo, me aconsejó que fuera hasta Soco, donde don Gonzalo me podía echar otra manito. Ambos veteranos me recalcaron con demasiada insistencia que tuviera en cuenta las proporciones que agregaba de cada químico, «porque en minutos se puede joder, chino», me advirtió don Arturo. Ese era el único tema que no me había enseñado mi padre, en eso era muy celoso y por ello siempre hacía las preparadas en una caseta privada.

Se me bajó un poco el mal genio en el momento que la dueña de una empresa grande de Cundinamarca tomó la palabra. Exponía cómo en Colombia los fuegos artificiales son parte de la cultura, promoviendo el turismo en los distintos municipios, por eso es que los alcaldes nos contratan a pesar de que no le permitan el uso a los pobladores. ¡Seamos sinceros, existe una actitud hipócrita hacia la pirotecnia! gritó en un momento. Yo estaba de acuerdo totalmente con eso, debido a que la mayoría de mis clientes son juntas municipales de ferias y fiestas.

El asunto de los clientes sí fue fácil cuando debí asumir el mando de la empresa, pues había acompañado a mi padre en diferentes ocasiones y cuando el pulmón no se lo permitía me mandaba a mí solo para hacer los contratos o las presentaciones. Igualmente, los más antiguos trabajadores de la fábrica iban conmigo y corregían cualquier equivocación. De tal modo que, con la falta de mi viejo, seguí brindando el mismo servicio como si estuviera él aquí.

Al iniciar no producía tanto, pero en el momento que llegó Wilson, mi primer hijo, terminé de tomarme el trabajo muy en serio, debido a que tenía una familia por la cual responder. Desafortunadamente, hacia el 2005 la situación se puso crítica porque ya no se vendía igual, así que decidí apostarle a otra actividad, llevándola de modo conjunto con la pirotecnia. Rosita, mi esposa, me acompañó a solicitar un crédito. Con el dinero que nos desembolsaron junto con ahorros de años atrás, instalé unas cabinas telefónicas en Monte Alto. Se me ocurrió la idea porque en distintas ocasiones que fui a hacer presentaciones me fijé que solamente estaban ubicadas dos, aparte de que teníamos amigos allí y nos podían apoyar. Lo único en que no pensé fue que había muy poquitos habitantes para tres establecimientos de cabinas y la gente prefería ir a las que ya conocía, además que varias personas estaban adquiriendo su propia línea telefónica y algunos no tenían necesidad de ellas. No obstante, sin querer darme por vencido, las trasladé a Tunja, pero los gastos de empleados y el arriendo me llevaron al fracaso definitivo. Como pude, las vendí pronto sin importar que perdiera casi veinte millones.

Buscando una segunda fuente de ingresos terminé involucrado en el cuento de la política. Otros compañeros pirotécnicos me invitaron a participar para tener una representación del gremio en el concejo municipal. Realmente no pensé ganar, pero tuve la votación más alta. Si bien había pensado hacerlo por una motivación económica, lo que realmente terminó apasionándome fue defender mi profesión. En varias ocasiones he podido asesorar a otros polvoreros para solicitar la licencia de Indumil. Me buscan con quejas de que no saben cómo grabar el vídeo de las instalaciones, qué plan de compras hacer o qué deben decir en la entrevista. Yo les explico cada uno de los aspectos, señalándoles que lo principal es decir siempre la verdad, evitándose problemas posteriores.

Estando en este cargo he podido aprender cómo se ve nuestra labor desde afuera y entender las condiciones que nos han llevado hasta la situación del día de hoy. Hay noches en que me da la madrugada leyendo la Ley 670 de 2001, los reglamentos de sustancias controladas y los decretos que sacó el señor Mockus. Todo ello me ha llevado a la conclusión de que el problema es que el Gobierno quiere que cumplamos con normas de seguridad mientras nos quita las ventas. Así que sin suficientes ingresos nosotros nunca podremos implementarlas, aquí solo se trabaja para sobrevivir. Si fuera como en el tiempo de mi papá que la plata nunca faltaba, tal vez se trabajaría más formal.

De ese modo continuaba con mi discurso mientras veía a algunos de los asistentes bostezar, teclear sus celulares, murmurar entre ellos y en verdad muy pocos ponían cuidado a lo que hablaba. No obstante, tuve su atención cuando mencioné que la Ley 670 de 2001 se equivocaba al permitirles a los alcaldes decidir si prohibir o no la pólvora, en la medida que las zonas donde era autorizado fabricábamos sin saber si la podríamos vender, ya que cada vez son más las ciudades en las que son prohibidas. Por ende necesitábamos saber con certeza si estábamos autorizados o no para ejercer nuestra labor. Asimismo, justifiqué la importancia de los fuegos artificiales, poniendo como ejemplo la influencia económica que tiene para Suaquica. Muchas personas obtienen sus ingresos trabajando en la pirotecnia, ya sea con sus propias empresas, como empleados o indirectamente como los presos de la cárcel a quienes les pagamos porque hagan la caja del trueno.

Sumado a ello, el Festival de Luces que realizamos mueve a todo el pueblo, todos los hoteles se ocupan, los restaurantes no dan abasto vendiendo platos, los almacenes tienen grandes ventas y los taxistas hacen su navidad que no pueden en diciembre. Además, la gente puede rebuscarse poniendo puestos de fritanga, de carne asada, de comidas rápidas, de algodón dulce y por supuesto de cerveza. Cada quien encuentra su luz ese día.

Todo lo que decía es cierto, esa es la realidad de nuestro municipio, esperamos diciembre y enero, para encontrar la forma de sobrevivir el resto de los meses. Por eso es que nuestra devoción por la Virgencita es inmensa, porque nos protege y bendice cada año. Quién iba a pensar, que a pesar de todos esos pellizcos, terminaría teniendo tanta fe en Dios. Ahora en cada festival, cuando hacemos la celebración a nuestra patrona, la Santísima Virgen, me esfuerzo por darle el mejor ofrecimiento. Con Pacho, uno de mis obreros, empezamos a crear el castillo que vamos a presentar desde noviembre, tenemos armados los arranques y propulsores antes de enero. Además compro carcasas y tortas del mayor calibre, es una inversión grande la que hacemos, y aun así, nunca podré pagarle todas las bendiciones que ha derramado sobre mi familia.

Finalicé mi discurso con el mismo tema que ellos habían iniciado el suyo. Señor Gobierno, si existen accidentes en la manipulación de la pólvora no es por nuestra culpa, les dije. Sinceramente no les vendemos productos a menores de edad ni a borrachos, resulta que la gente, al igual que con el tema de la gasolina y el licor, sigue mezclando pólvora con trago.

Yo sentí que mis palabras retumbaban en ese salón, a pesar de recibir aplausos de quienes hacía unos minutos habían hablado contra mí, supe que ellas no lograrían cambiar nada, al menos ese día, ya que el señor que dirigía el debate dijo varias cosas de forma enredada y lo único que pude entender fue que el proyecto quedaría para debatir en otra sesión.

3.6 Uno para todos y todos para uno

De niños solíamos pelear constantemente por los carros que nos regalaban, puesto que a pesar de que todos eran similares, quien tuviera el de color azul despertaba la envidia de los demás, ya que este era nuestro color preferido. Al final, no nos volvieron a comprar más para evitar inconvenientes. Pero ahora que lo pienso nosotros les dimos bastantes problemas a mis padres. La demora era que empezáramos a caminar para convertirnos en la pesadilla del barrio. Por ejemplo, doña Cleotilde, la de la casa de dos pisos, optó por ponerle rejas a las ventanas porque siempre terminábamos rompiendo los vidrios cuando jugábamos fútbol en la mitad de la calle, nos gustaba también amarrar perros como si fueran vacas y «totiar» mechas que conseguíamos en la cancha de tejo del viejo Adán para asustar a las niñas con los estruendos que provocábamos.

Pero cuando la vaina era de estudiar, ahí sí no estábamos, ninguno salió bueno para eso y la rebeldía no nos dejó sino hasta la primaria. Sin embargo, algunos validamos el bachillerato ya de grandes.

Lo único que mi santa madre resaltaba de nosotros y que nos salvó de ser regalados, como ella misma en muchas ocasiones bromeaba, fue que hombres trabajadores como nosotros no han existido por acá en Suaquica. Desde la mañana nos tocaba ayudarle a mi papá en la finca, por lo general los mayores se iban a hacer todo lo concerniente a los cultivos porque los menores no teníamos cuidado y pisábamos las matas que ya estaban sembradas. Nuestra labor era darle de comer a los marranos, ordeñar la vaca y cortar pasto.

Los días que más nos gustaban eran los miércoles. Después de que sacábamos a vender habichuela, pepino o tomate en la madrugada, nos tocaba ir a traer el mercado que compraban para la casa, pero antes de venirmos mi madre pedía en el puesto de doña Virginia cuatro platos de mondongo, que nos comíamos por parejas y medio platado para ella. Lo malo era que mi papá se ponía a tomar chicha con los amigos y a veces llegaba borracho en la noche a regañar. Mi mamá nos decía que nos quedáramos calladitos y así él se acostaría.

Toda nuestra niñez pasó de esta manera y ya de adolescentes las cosas empezaron a cambiar. Cuando Jorge tenía catorce años, decidió irse a trabajar a la polvorería de un amigo de mi padre, porque quería ganar su propia plata. El señor se llamaba Edgar y desde los diez años trabajaba ayudándole a su papá con la pirotecnia. De niño el hombre había soñado con ser ingeniero, pero en su familia ninguno recibió más estudio que la primaria, puesto que su padre no lo creía necesario.

Recién él se entró a esa labor, solamente lo ponían a hacer rollitos pequeños con papel y por cada mil le pagaban \$5.000 pesos en la semana. Recuerdo muy bien

que a él no le gustaba que le dijéramos rollitos sino que eran las «cajas de trueno». Ese trabajo, si quería, no tenía que hacerlo en el taller, pero él quería estar allá para darse cuenta qué hacían los otros obreros.

Ya después lo ponían unos días a hacer esas cajas y otros hacía el tubo para el arranque de los voladores, para lo cual debía cortar el cartón chip y luego pegar varios de estos, aplicando gomel de silicato por encima con una brocha y así poderlos enrollar en un tubo de metal. Aunque Jorge aprendió muy rápido, don Edgar, el dueño de la fábrica, le dijo que hasta que no estuviera más grande no lo iba a poner a otros trabajos, porque era muy peligroso. Realmente no le pudo enseñar sobre el manejo de pólvora, pues un infarto repentino se lo impidió. Por eso a Jorge le tocó irse a trabajar donde doña Sixta, allí mismo empezaron Carlos y Mario cuando tenían trece y quince años.

Ella y don Martín, su esposo, son como un equipo. Eran comerciantes que transportaban volador para las zonas mineras, hasta que se cansaron de que el material que compraban a otros polvoreros en Suaquica no siempre les saliera de buena calidad, lo que hacía que constantemente recibieran reclamos de sus clientes. Así que decidieron montar su propia empresa. Aunque doña Sixta es quien manda en todo, a nosotros nos instruyó don Martín. Es una sociedad que les ha funcionado, puesto que ella sale a conseguir a quien venderle los productos, mientras él se encarga de producirlos y así se ha convertido en una de las fábricas más grande del municipio.

De niños, ninguno tenía el sueño de ser polvorero, cuando nos dimos cuenta fue que todos andábamos en el cuento de la pirotecnia, porque aunque tiene sus riesgos, si se sabe trabajar deja buena ganancia y de todas formas acá en Suaquica no hay muchas fuentes de empleo. Así que mis hermanos se quedaron donde la doña mientras Pablo y yo fuimos obreros de don Heliodoro. Igual uno anda por varias polvorcerías, pero esas fueron en las que estuvimos más permanentes. Ricardo no vive solamente de esto, a él le quedaron gustando los carros y ahorita maneja un taxi.

A pesar de que nos iba bien como empleados, nos dio por independizarnos, porque primero ya sabíamos todo lo de coherería, y segundo, Pablo se volvió un experto haciendo castillos. Además nuestros patrones ya estaban envejeciendo y otros como don Edgar ya habían muerto, así que como a nosotros nos conocían muchos clientes debido a que fuimos a diversas presentaciones, era tiempo de que siguiéramos la tradición.

Con esa idea en mente, tomamos en arriendo un lote, pero a los pocos meses la policía fue para decirnos que debíamos trasladarnos porque ninguna polvorería podía estar cerca del perímetro urbano. Tuvimos que instalar todo nuevamente en

un potrero que queda hacia la salida de Suaquica yendo para Soco. Colocamos cinco casetas, son ranchos armados con cuatro palos gruesos, tienen techo de plástico negro o teja de zinc y paredes de polisombra verde o tabla.

Para poder funcionar legalmente nos inscribimos en la Cámara de Comercio, aunque dos años después llegó un mandato que decía que para seguir laborando, teníamos que sacar una licencia que daban en Bogotá. Al principio todos en el pueblo nos embejucamos por la plata que implicaba, pero después de varias reuniones con la alcaldía e Indumil nos dieron la posibilidad de sacar para todos y nos salió más barato.

De hecho, yo participé en todas esas vueltas, puesto que los que pertenecemos a la Asociación fuimos a Tunja a averiguar los procedimientos y se los dimos a conocer a la demás gente. Específicamente, en nuestra empresa tuvimos que ir a llenar un formulario en la Primera Brigada para que lo subieran a uno por allá en el sistema. Así nos asignaron una entrevista con el jefe de Explosivos en Bogotá, quien nos explicó para qué se necesitan las sustancias. Después tuvimos que llevar la documentación para que nos dieran un cupo en el manejo de los químicos. La analizaron y vinieron a hacer la visita para ver si uno cumplía con normas de seguridad y así emitir el concepto favorable. Ya con eso fuimos a Bogotá, llevamos todo y nos dieron la licencia.

Estando legales totalmente, nos pusimos a trabajar juiciosos, porque cuando empezamos habíamos sacado un crédito, para el cual hipotecamos la casa de Jorge y nos tocaba pagarlo entre todos. Uno le puede quedar mal a cualquiera, pero no a los bancos. Con esa plata compramos material, mandamos a hacer las brocas, las agujas, las masetas, todas las herramientas, mejor dicho, instalamos las casetas y para los papeles sí sacamos de los contratos de la navidad de ese año.

Poco a poco nos pulimos en este arte, dándonos a conocer por varios clientes. En las temporadas contratamos a seis o siete obreros. Ceferino, quien lleva más tiempo trabajando con nosotros, fue nuestro primer aprendiz. Al principio teníamos que repetirle todo y ponernos a arreglar el trabajo que no le quedaba bien. Cuando ya supo hacer la mecha, le enseñamos a recebar la cohetería. Yo le aconsejé que no tuviera tanta preparada sobre la mesa para evitar una tragedia. Le mostré cómo debía agregar la pólvora al trueno, poner la mecha paradita y cerrar la caja apretando el papel con la aguja hacia el centro donde se encuentra la mecha. Ese oficio sí lo cogió de una, recebaba mil en dos días de la semana. Tiempo después descubrí que su truco estaba en ponerse un guante en la mano que sostenía la aguja para que no le sentara tanto. Como vimos que era bueno para eso, no le volvimos a delegar el trabajo de la caja del trueno, por lo que principiamos a darles empleo a los presos de la cárcel de Suaquica. En realidad, no sé quién fue el de la iniciativa pero nosotros ya habíamos escuchado que los del Inpec lo admitían. Cada mes

llevamos la cartulina cortada, la pasan por requisa y se la entregan a Fidel, un muchacho que la distribuye a cincuenta reclusos que desean hacer ese trabajo. Cada uno hace un bultico de mil truenos, que llamamos un lote, por el que le pagamos trece mil pesos, aunque le descuentan un porcentaje por permitirle laborar en ello. Ha sido bonito poder ayudar a esa gentecita, pues de todas maneras uno siempre comete errores y no es quien para juzgar y además ellos tienen en qué pasar el tiempo allá.

Lo malo de este trabajo es que solo es por las temporadas. Por ejemplo en Suaquica es durante marzo, abril y junio para tener productos en la fiesta de la Virgen del Carmen y desde septiembre u octubre hasta diciembre, cumpliendo con la demanda de navidad y las ferias en distintas zonas. Por esa situación es que no tenemos trabajadores de tiempo completo, pues siendo cinco nos distribuimos las tareas entre nosotros cuando hay que fabricar poca cantidad. De todos modos, cada uno conoce los procesos, aunque algunos son más especializados en unos. Por ejemplo, Jorge sabe lo de las preparadas para la cohetería y los bombazos, con él somos los encargados de eso. Además en las tardes que no hay mucho que hacer, yo hago los tubos para el arranque y él los corta con la máquina. A Mario y Carlos les rinde recebar ya sea lucería, arranques o cohetes. El único que sabe bien lo de castillos es Pablo, es como un talento que le surgió a él. Para alistar la pólvora negra nos turnamos, antes íbamos donde Héctor, cuando solamente estaba su mortero y en el momento que el Rodríguez instaló el suyo, hace como cinco años, nos volvimos clientes de él, puesto que nos queda más cerquita. Uno le lleva el bulto y lo «morterea» por cincuenta mil pesos. En ocasiones no tenemos tiempo de traer químicos de Bogotá, por lo que le compramos directamente a él la pólvora negra lista por tres mil pesos la libra.

Con Crisanto—el Rodríguez, como le decimos nosotros— nos volvimos amigos desde que participamos en la Junta Organizadora del Festival de Luces. Siempre hemos trabajado en conjunto para las actividades que nos delegan. Gracias a ese apoyo conseguimos en la versión número diez el patrocinio de varias empresas de bebidas y transporte, que pagaban las orquestas. También nos postulamos los dos para acompañar a la presidenta, junto con un diputado, en los viajes a Tunja que son necesarios para presentar el proyecto, con el cual se intenta que el Festival sea declarado como patrimonio cultural del departamento.

Él fue quien reformó la casa de mis papás cuando tuvimos dinero para dejársela bien bonita a los cuchitos. Él no ha sido polvorero toda la vida, sino que se metió al cuento como a los treinta años. En vista de que su mujer laboraba como empleada, mucha gente le pedía que les comprara los voladores para no tener que ir hasta la fábrica directamente. Entonces, cuando decidió dejar la rusa porque era mucha la tomadera, le pidió empleo al patrón de la mujer. Aprendiendo ya todo y teniendo la

clientela, puso su propio taller, aunque lo que le da de comer ahorita es el mortero, gracias a un amigo de Bogotá que se lo ofreció. Debió endeudarse, me contó un día que fui a comprarle pólvora negra, siendo más difícil sacar el crédito que pagarlo. Por eso es que nosotros queremos adquirir una máquina de esas, para lo cual debemos esperar unos años cuando tengamos menos deudas.

Así es este negocio, «se sufre pero se goza», dice el refrán. Los sábados en la cancha de tejo de don Campo Elías, nos encontramos de pura casualidad con algunos. No hace mucho tiempo estuvimos jugando con Henry, otro compañero de la industria. Nosotros ya llevábamos como tres horas tomándonos una fría con unos obreros, cuando llegó él con sus primos, y como hacía mucho tiempo no compartíamos, pedimos que nos alistaran la cancha y el juego se extendió como hasta las diez de la noche.

Fue un rato agradable, recordando los tiempos que trabajábamos donde doña Berta. Henry mantiene intacto su humor como cuando apareció en la fábrica. Su paso por el Llano, que inició desde los doce años, lo había alejado de su timidez infantil y le regaló una alegría contagiosa. A algunos de los otros empleados les molestaba su actitud y consideraban sus chistes bobadas o niñerías. Cuando los veía de mal genio les ponía el brazo sobre el hombro, diciéndoles «sonría sumercé o ¿es que no se bañó los dientes?». El solamente se quedó dos años en la fábrica y como siempre ha sido un hombre muy emprendedor, montó pronto su empresa. Hubo un tiempo que anduvo bejuco con nosotros porque le tumbamos un contrato en Ocasá, debido a que lo ofrecimos por doscientos mil pesos menos. La cuestión se pudo resolver con un par de fórmulas que intercambiamos y de todos modos era consciente de que una cosa es el amor y otra los negocios.

Entre hermanos eso sí nunca nos hemos tumbado, porque tampoco entre bomberos hay que pisarse la manguera. Más bien nos acostumbramos al genio de cada quien, al ritmo que tenemos de trabajo, sin dejar de tener listos los pedidos para el día que nos piden. Los castillos es lo único que no adelantamos, esperando las figuras requeridas para la ocasión que nos contraten. Además, lo hacemos debido a que nuestros clientes en su mayoría son particulares, por lo que uno no sabe si necesitan una celebración de cincuenta años, un matrimonio o un bautismo, de manera que tenemos que adecuar los motivos dependiendo el evento. Con esos clientes la vaina es más fácil, pues resulta que con las alcaldías le piden mucha plata para los permisos, por lo que la ganancia es mínima. Y lo peor es que después de que uno radica la cuenta de cobro le demoran el pago, «que espere que firme no sé quién, que lo tiene que aprobar fulanito, que venga otro día», así lo tienen a uno, de tal modo que cuando por fin le cancelan usted ya tiene el dinero gastado. En cambio gente común y corriente le paga el mismo día del espectáculo o al menos le quedan debiendo poquito.

Como se puso malo el negocio desde el 2000, decidimos comprar pirotecnia de juguetería para vender el siete, el veinticuatro y treinta y uno de diciembre en una caseta que instalamos por el lado de la plaza de mercado. Al principio solo eran dos puestos y ahorita ya somos cuatro, de todas formas eso sigue dejando su ganancia. Lo más importante en esa cuestión es tener cuidado con el almacenamiento, porque con tanta cantidad, cualquier chispita puede producir una tragedia. Por eso no lo compramos con tanta anticipación, sino más bien llegando la temporada. Cerca del puesto no dejamos prender nada y nos ubicamos a eso de las cinco, que ya no está haciendo tanto calor. Nos toca irnos a todos porque llega la gente a comprar que totes, chispitas, marranitos, voladores de luces y volcanes, siendo un embolate cuando son muchos compradores. Siempre llegan muchachos a molestar que les vendamos hasta que nos sacan el mal genio y nos toca regañarlos. Qué tal uno ponerse en esas, quién nos asegura que no se van a quemar y después a nosotros ya no nos dejen trabajar. Uno sabe que algunos papás les dejan prender cuando están en sus casas, pero eso sí es problema de ellos.

A mí a veces me da pesar con mis hijos, porque la época que otros niños disfrutaban en familia a ellos les toca solo con la mamá, yo no puedo estar o si no quién consigue lo de la comida. Esa es la temporada y uno tiene que aprovecharla. Por eso es que queremos buscar eventos más grandes a ver si ahorramos una platica para hacer mejor los ranchitos, más seguros, poniéndole señalización, bien elegantes. A la vez que podamos contratar mayor personal en la navidad y no le toque a uno joderse tanto.

3.7 Alma de polvorero

Su nombre era José María, había llegado a Suaquica movido por la necesidad de sobrevivir. El hecho de haber nacido en una familia pobre, lo había obligado a aventurarse en un mundo inexplorado, al cual no le tenía miedo, puesto que si algo lo caracterizaba era su valentía y curiosidad por lo desconocido. En Mogol se encargaba de ayudar en la siembra de café que sacaban a vender a la plaza de mercado. Desde octubre comenzaban la recogida en canastos que sujetaban a la cintura con una cabuya. Estando el grano maduro lo pasaban por el molino para descerezarlo. Él se divertía chupando el jugo dulce de la cascarilla mientras hacía esta labor, aunque se cuidaba de no ser sorprendido por su padre. Al terminar sentía adolorido del brazo, pero sabía que aún debería lavar la pepa, para quitarle cualquier clase de impureza. Buscaba plásticos que extendía en el solar de la casa para poner a secar el café y se sentía nuevamente victorioso cuando veía ese puñado de granos diminutos que se desprendían de la boca del molino.

Ese era el trabajo en su casa, pero ahora que estaba fuera de ella, era consciente de que no tenía posibilidad de escoger, era trabajar o morir de hambre. Por fortuna, de Mogol no había salido sin rumbo, gracias a que su madre lo recomendó con un viejo amigo, que prometió permitirle laborar en su finca. Por lo que con solo ocho años de edad ya estaba a cargo del cuidado de dos vacas, diez cerdos, veinte matas de yuca, papa y arracacha que proporciona la tierra. Andaba descalzo para donde lo mandaran, pues le era difícil acostumbrarse a las cotizas. Las botas dobladas de su pantalón permitían ver las picaduras de mosquitos de días atrás en sus pantorrillas y su sombrero roto de paja le concedía a los rayos del sol rasguñar su cara. Mientras cargaba a Palomo, su burro, de leña, canecas de lavaza o pasto, le gustaba comentarle sobre lo que debían hacer después de terminar cada labor, por lo que cuando no se movía pronto, lo regañaba por holgazán y hacerle atrasar sus oficios. De todas formas era su gran amigo y confidente de las ocasiones en que no era Palomo sino él quien acortaba el tiempo por ponerse a bajar naranjas, chirimoyas o guayabas en los palos.

Sorprendido de la laboriosidad del niño que apenas si cumplía diez, don Antonio, su patrón, le pidió ayudarlo con la elaboración de voladores. Y tal como él lo presentía, el muchacho se desempeñaba sin mayor dificultad. Arreglaba el chin para cortar el canuto y poder hacer el arranque, maceteaba la pólvora negra sobre una piedra donde debía presionarla con un palo. Tiempo después le asignó solamente este trabajo y no debió encargarse más de la finca.

Su época como empleado duró cerca de diez años y poco a poco fue haciendo sus propias producciones de volador, que vendía aparte. Sin embargo, cuando conoció a Clara, una compañera del taller, se decidió por completo a hacer su propia polvorería en un lote que compró cerca del cementerio de Suaquica. Allí mismo tenía su casa. Había dejado de ser un niño para comprometerse con su esposa e hijos, proporcionándoles un techo digno y el alimento en abundancia. Su hogar estaba adornado por cuatro hombrecitos y dos niñas, que llenaban de alegría la casa correteando por todo lado, jugando con el barro y ensuciando los lugares que hacía poco la pobre mamá acababa de limpiar. Aun así su vida era perfecta, habían logrado construir una familia que subsistía gracias a la pólvora y vivía fortalecida por el amor.

Por eso, a todos los conocidos les era imposible creer que a José María la tragedia le hubiera llegado así sin esperarla, sin previo aviso, dejándolo sumergido en la soledad y el dolor. Un día de esos que parecían ser iguales a cualquier otro, con el mismo sol alumbrando los cultivos de mazorca, frijol y ahuyama, la misma brisa refrescante de la tarde, las mismas mirlas posadas sobre los árboles cantándole a las mismas flores radiantes del jardín, la muerte separó anticipadamente a aquel par de esposos. Él estaba viajando a Ocasá para realizar una presentación en las fiestas del municipio y Clarita se había quedado a cargo del taller y de los niños.

Nunca se supo cuál fue la causa, lo único que encontró al volver fue la choza donde guardaban los voladores, convertida en cenizas, mientras su compañera había dejado este mundo para protegerlo desde el cielo.

No tuvo tiempo de lamentaciones ni de lágrimas, aunque le faltaba aire cada vez que sentía la ausencia de Clarita, se llenaba de fortaleza con la presencia de sus hijos, quienes sin tener mamá exigían un doble papel por parte de su papá. Se hizo cargo de ellos con el mejor amor y pedía a los hermanos mayores ayuda en la crianza de los menores. Siguió cultivando la huerta que ella había cuidado con una dedicación admirable, incrementó su producción de volador y castillos que había aprendido hacer a través de un amigo de Mogol, de tal modo que el recuerdo de su esposa fallecida no le imposibilitó continuar con una vida que se motivaba por sus hijos.

Pronto, el arte de vivir se convirtió en una nueva rutina, luchando por sus pequeños. Solamente las tardes de los sábados podía tener un rato de esparcimiento en la tienda «La Colinita». Mientras tomaba una totumada de guarapo conversaba con obreros y amigos, que se reunían alrededor de él. A pesar de que pedía hasta cinco rondas para los que estuvieran, nunca se iba borracho porque no sería buen ejemplo para los hombrecitos de la casa. Aquel refugio donde descansaba brevemente de responsabilidades y arduo trabajo, sin darse cuenta fue el sitio para conocer al ángel que terminaría de curar sus heridas.

Lida, se llamaba y era la tendera del negocio. Ella también conocía el dolor de perder a un ser querido, pues al padre de sus ocho hijos lo habían matado al intentar robarle la plata de una res que había vendido. Desde entonces tuvo que romperse el lomo haciendo arepas, lavando ropas, cuidando vacas, cultivando la huerta y atendiendo «La Colinita» para sacar adelante a su familia. Su belleza de mujer de veinticinco años era halagada por los hombres y envidiada por las mujeres. A pesar del poco tiempo que podía dedicar a ella misma, conservaba la dulzura en sus ojos negros, la pasión en sus labios rojos, la suavidad rozagante en sus pómulos y la sensualidad de su cuerpo. Muchos habían prometido bajarle todas las estrellas del firmamento, reunir las aguas del mar y los granos de arena para traérselos a ella, pero sabía en verdad por qué iban los falsos poetas, así que no tenía tiempo para mentiras.

En cambio, José María nunca prometió nada, simplemente cada día le brindó lo mejor de él, mostrándose tal cual con errores y virtudes. Una amistad inocente, que no tenía otra intención que apoyarse el uno al otro en lo que pudieran, darse una palabra de aliento o un rato de esparcimiento, terminó por convertirse en un amor que solo la vejez revelaría su fortaleza.

De aquel sentimiento resultaron nueve hijos que terminaron de formar casi una escuela compuesta por veintitrés alumnos, donde sus profesores se encargaron de enseñar ante todo el respeto y el servicio a los demás. Para el bienestar de los hijos de él, de ella y de ellos, fue necesario comprar una nueva vivienda. Las paredes hechas con adobe y el amor de Lida calentaban la casa; su amplia cocina, donde habían armado la estufa de carbón, se convirtió en la fábrica de exquisita comida; las cuatro piczas albergaban a los menores y a las señoritas, y los mayores tendían hamacas en la sala, que apoyaban en gruesos palos que hacían de columnas y eran adornados con materas de centavo y moño; en el solar se reunían las gallinas antes de ser convertidas en un delicioso sancocho y en el lote de atrás sembraban maíz, frijol, alverja y lo que la tierra permitiera. Así era la casa de los Herrera, la primera y la más grande del sector.

Allí mismo la pirotecnia se colaba como un miembro más de la familia. Andaba en el rancho contiguo al solar donde amarraban volador, debajo de las camas donde los almacenaban, en la estufa donde ponían a secar la pólvora en la época de invierno, en el andén donde la «mortereaban», en pocas palabras, convivía con los Herrera noche y día.

A medida que los muchachos iban creciendo se iban involucrando en algunos de los oficios para apoyar a su padre en los pedidos. José María les enseñaba el manejo del chin y cuando tenían la edad apropiada, quince años, les permitía pisar los tubos para el arranque. De tal manera, que entrar a la casa era observar un ramillete de jóvenes desempeñándose en lo que se les ordenaba para cada día. Mientras tanto, las mujeres acompañaban a Lida en los quehaceres de la casa. Madrugaban a alistar el desayuno y almuerzo para los de la familia y los obreros. No había nada que las distrajera de quitarle el pellejo a la papa, la arracacha, la yuca o el plátano, se les pasaba el tiempo amasando la harina para las arepas y soplando el fogón para cocinar la comida. En los días de limpieza se turnaban para quitar el polvo, correr los muebles, barrer y lavar las ropas de ellas, de sus papás y de los «cubas» de la camada.

Sin importar el ajetreo diario, la hospitalidad de la casa atraía a cuanto amigo quisiera ir a visitarlos. Los trabajadores del taller de pólvora siempre eran los más afortunados. En el corredor se ubicaba un barril de madera lleno de guarapo, dispuesto para el que quisiera servirse su totumada. Para esto se mandaba moler constantemente caña que cultivaban para sacar miel, así que tenían reservas permanentes del santo sorbo. Además, los platos de metal donde les servían el almuerzo, apenas alcanzaban para el montón de papas, yuca, ahuyama, guatila, arroz, arepas, carne o pollo que se les ofrecía. Igualmente, el grupo de niños que eran amigos de juego de los Herrera sabían que a eso de la una de la tarde, cuando los obreros estuvieran almorzados, podían ir por un pedazo de carne y arepa.

Enrique, uno de los hijos menores, era uno de los que más disfrutaba de la abundancia de su casa. Sabía que los miércoles su mamá hacía arequipe, que podría saborear en las horas de la tarde sentado en el andén junto con hermanos y amigos. Las noches en que hacían sopa de dulce, él ayudaba a echar los pedazos de cuajada en cada uno de los platos y al terminar de tomar el suyo no dudaba en pedir uno más. Traía arrastrando los bulticos de carbón que tenían almacenados cerca del solar, cuando hacían las arepas de guivo de frijol o de garbanzo, para que le dieran la primera en salir. Fue consentido por doña Lida. Ella le acolitó dormir hasta la edad de doce años en su cama en la mitad de los padres, teniéndose que aguantar los regaños y malas caras de José María.

El pequeño, al igual que sus hermanos, debía ayudar en la supervivencia de la casa. Su trabajo principalmente era ver del ganado que compraba Lidita. Apenas había unos centavos extra, ella se dirigía el miércoles en la madrugada a comprar una hembra para que meses después diera cría. En la plazuela ya la conocían y le ofrecían sus animales porque los pagaba a un precio justo, siempre y cuando cumplieran con sus exigencias. Debieron comprar el lote contiguo a la casa, donde armaron un corral para tener las diez reses en la noche, puesto que en el día Enrique junto con sus hermanos Ismael, Luis, Oscar y César las llevaban al potrero que tenían en el Alto del Chulo para dejarlas comer.

Siempre hicieron su recorrido sin ningún problema, pero desde el día en que hubo el accidente cerca de su finca no querían volver. Como era su costumbre, en la mañana salieron con el ganado arriándolo hasta el potrero, le pusieron agua, le cortaron pasto y se fueron para regresar en la tarde. A eso de las cinco, cuando iban de camino, se encontraron con la señora Dominica, quien les avisó del carro que se había volcado en su predio. Empezaron a correr para ver el acontecimiento y cuando llegaron se encontraron con la imagen de tres hombres ensangrentados, que yacían en distintas partes del potrero, no tan apartados el uno del otro. Así que cada tarde que debían volver, se apoderaba el miedo de ellos, pues pensaban que los extraños que se habían quedado en su mente, regresarían del más allá para llevárselos con ellos.

Por eso, invitaban a sus amigos a que los acompañaran y se armaban de palos y piedras dentro de sus bolsillos para enfrenar a los tres fantasmas mosqueteros. La verdad fue que nunca vieron nada, pero ante cualquier indicio de movimiento o sombra salían despavoridos. Con el tiempo les fue pasando aquella sensación, y al final solo fue un simple recuerdo de su inocencia de niños.

Fueron más de cincuenta años de matrimonio los que compartieron José María y Lida. A pesar de disfrutarlos y amarse un poco más a medida que pasaba el tiempo, la verdad era que cada año transcurrido era similar al anterior. Durante enero, como no había pedido de pólvora, él se encargaba de fabricar cirios que

vendería para la Semana Santa y cuando llegaba febrero empezaba su producción con el fin de tener artículos para la fiesta de la Virgen del Carmen. Se veía en la necesidad de contratar hasta treinta trabajadores, que se especializaban en cada una de las labores. El más antiguo era Gregorio, quien se encargaba de «mortear» la pólvora negra en un pilón elaborado en piedra y que le exigía una gran fuerza para lograr dejarla en su punto. A él, al igual que a los demás obreros, le anotaba en un cuaderno de hojas amarillas la cantidad de trabajo hecho durante el día, de tal modo que el fin de semana les pagaba lo acumulado. Cuando finalizaba una temporada pedía a su esposa hacer un almuerzo especial con el que les agradecería su desempeño y en otras ocasiones les daba algunos pesos de más.

Cuando llegaba la Semana Santa ubicaba una mesa en el atrio de la iglesia cerca de la puerta principal, acompañado por dos de sus hijas y ofrecía los cirios a la gente que se dirigía a la eucaristía. Los Viernes Santos hacían un sancocho de gallina, que comían en uno de los jardines del parque central junto a otras familias que seguían la misma tradición. Durante la Semana Mayor les exigía a sus hijos total silencio y escuchar la misa por la radio, porque de esa manera estaba encomendando su trabajo para el resto del año. Al llegar la fiesta de la Virgen del Carmen en julio, comenzaba a apuntar en una agenda los eventos a los que estaba invitado, las fechas en que debía asistir y los productos que habían solicitado. Apenas lograba salir de dicha temporada, se dirigía a Bogotá para abastecerse de materia prima. De regreso paraba en el Sisga para comprar rosquillas y pan para los niños. Y sabía que en los festivos debían detenerse para mostrar los papeles del carro en los retenes. Al llegar, su esposa lo esperaba con una deliciosa sopa de hojas de chisacá a la que le agregaba nervio de res, alverja y zanahoria.

Al iniciar septiembre, nuevamente incrementaba su labor, puesto que siendo uno de los tres polvoreros de la región, era solicitado en diferentes lugares del departamento y del país. Por eso, luego de que sus obreros se iban a las cinco de la tarde, él se quedaba en el corredor adelantando trabajo. La mayoría de las ocasiones era acompañado por Enriquito, quien en silencio para no desconcentrar a su padre, jugaba con el carro de pasta que le habían comprado para su cumpleaños. Mientras descansaba algunos minutos, se divertía observando al niño que esperaba pacientemente que las mariposas atraídas por la luz del bombillo cayeran al piso, para así él ponerles el carro encima y como era hueco hacerlo mover con la agitación de los asustados insectos. Le daban las once o doce de la noche en su labor, hasta que por fin decidía ir a descansar para madrugar a las tres de la mañana. Él se quedaba dormido inmediatamente, pero el pequeño, al escuchar los chillidos de las palomas que reposaban en el techo, se llenaba de miedo y al sentir la casa más solitaria por la ausencia de gran parte de sus hermanos, que ahora se desempeñaban independientemente en sus propios talleres o laboraban en distintas ocupaciones, salía corriendo a la habitación de sus papás.

Algunas mañanas después de desayunar y llevar el ganado, era mandado por su padre a enviar telegramas a los clientes que tendría durante navidad para confirmar pedidos. El señor Roa siempre le obsequiaba un dulce de miel, pidiéndole que le avisara a don Herrera que ya todo estaba dicho. Tan pronto recibía fechas para viajar, don José María alistaba los productos y contrataba a don Luis para que lo transportara en su camioneta 350. Siendo ya adolescente, Enrique soñaba con que lo llevaran a esos viajes, pero únicamente se iban con los empleados de confianza y los hermanos mayores. Aun así, gracias a uno de los trabajadores que decidió ayudarlo para que pudiera viajar, en la celebración de la noche de velitas que tenían en Monguí, pudo subirse a la camioneta acostado cerca de las figuras de los castillos y Anacleto lo cubrió con la polisombra que tenía para salvaguardar los productos de la lluvia. No obstante, su intento fallido terminó cuando una chicharra lo asustó antes de que salieran, poniéndolo en evidencia. Por fortuna, la gracia que le provocó a José María ver a su hijo corriendo de la camioneta tratando de quitarse el insecto, lo salvó de ser castigado, sin que ello le significara el premio de ser llevado.

Otra de las épocas más atareadas para la producción de castillos, granadas y voladores era cuando debía participar en concursos. En una ocasión un invento que logró con otro de los pirotécnicos del municipio, le permitió llevarse el primer puesto en la ciudad de Cali. La gente no podía creer que un tierno gatito bajara levemente, sujetado de un paracaídas que se había abierto al ser lanzado hacia al cielo. Entre la ternura que provocaba el pequeño felino y la precisión que se requería para no causarle ningún dolor al hacerlo subir a determinada altura, consiguió que se remunerara tan sincronizada hazaña.

Con el dinero que recibió pudo brindarle a su familia una bonita navidad, que compartieron con vecinos, amigos y empleados. En esa ocasión, los niños que aún quedaban en la casa, le pedían constantemente monedas para comprar algodones de azúcar. Bartolo, un hermano cinco años mayor, le pidió a Enrique que le trajera uno de esos algodones mientras él terminaba de ordeñar la vaca para que doña Lida les hiciera arequipe. Esperanzado por su bocadillo predilecto, salió apresurado a hacer el mandado. Se metió entre la gente que no le dejaba ver al vendedor y cuando pudo le pidió un algodón sin empacar, llegó agitado a la casa por correr a toda prisa, fijándose que su mano venía coloreada de rosado mientras del algodón apenas si quedaba una migaja pegada al palo, puesto que la brisa que provocaba su movimiento lo había desvanecido. Bartolo nunca le creyó su versión y al contrario lo acusaba cada vez que lo recordaba de tragón.

Así, José María llegó a los setenta años, armando castillos, quemando voladores y alegrando a la gente. Enseñando a sus hijos el trabajo familiar, viéndolos construir sus propios talleres y yéndose para hacer su propio camino. Lo único que aún podía disfrutar era de la compañía de Lidita, que siendo siete años menor a él, le

proporcionaba la fuerza suficiente para seguir disfrutando de la vida a su lado, de tal modo que solo la muerte era capaz de separarlos. Y fue así como por un accidente se dio el inicio al cumplimiento de tal ley de la vida.

A pesar de su edad, aquel legendario polvorero continuaba fabricando productos pirotécnicos, aunque no en la misma cantidad de tiempos atrás. Como era costumbre, cualquier día entraba alguien a hacerle la charla, a pedirle favores o agradecerse los. En esa ocasión fue un hombre que se complacía de estar a su lado porque sentía el buen corazón de don Herrera, se llamaba Miguel Ángel, pero en la casa lo conocían como Angelito. No estaba bien del todo de su cabeza pero era un ser admirable, tierno y trabajador, o al menos así él lo consideraba. Llegó a eso de las tres de la tarde, don José María lo vio caminar despacio empujando su carreta con que hacía mandados. Entró, saludó a doña Lida, quien le dio una de las arepas que acababa de sacar del horno, y se dirigió al rancho donde se encontraba su amigo. Se sentó y se puso a contarle de la señora Cecilia que lo había regañado por no limpiar bien la cebolla en el supermercado. Mientras pisaba los tubos, don José María levantaba la cabeza para mirarlo y seguía pisando, no obstante en un descuido repentino terminó por explotar uno de los productos, que hizo prender la mercancía que estaba cerca. La grabadora con que escuchaban la «Voz de Garagay» quedó destruida en varios pedazos a treinta metros del lugar, mientras don José María, a pesar de que se tiró en rodillo por el pasto, terminó quemándose el cuello, la espalda y los brazos, pues la camisa de seda no lo protegió como el jean que vestía. Misteriosamente a Angelito no le ocurrió nada, apenas tenía un chichón provocado por el golpe que le dio la grabadora cuando salió a volar. De modo irónico, cada vez que el polvorero accidentado se acordaba del suceso, estallaba en carcajadas al pensar que inmediatamente medio pudo levantar la cabeza para ver dónde estaba su compañero, lo vio corriendo tratando de traer la grabadora que hacía segundos lo había golpeado.

Sin embargo, para nadie más era un buen recuerdo, puesto que desde entonces el pobre viejo empezó a sentir el peso de su edad sobre su salud. Siendo aún tan fuerte como un roble, afrontó cuatro ataques de trombosis, dándose el gusto de morir cuando él quisiera.

Poco a poco se fue debilitando y en una ocasión, como una de tantas en que tuvieron que hospitalizarlo, le dijo a su Lidita que se despedía porque ya él de allí no salía, el camino del amor había finalizado. Ella igualmente tuvo el presentimiento pero no quiso llorar, evitando dejarlo ir con remordimiento. Al fin y al cabo había sido una vida de alegrías y tristezas, que los hacía sentir felices por haberla compartido juntos. Todo el sábado estuvieron los dos hablando sobre el pasado, ella acompañándolo en sus dolencias y él disfrutando de su eterno amor. En la noche Enrique se hizo cargo de cuidar de su padre y en la mañana del domingo le prendió la radio para que pudiera escuchar la misa, lo ayudó a bañar y a

desayunarse. Salió un momento porque su hermano que venía a relevarlo tuvo problema al entrar, pues en la planilla no lo encontraban como familiar del enfermo. Una vez solucionado el inconveniente entraron los dos hermanos a la habitación, sin embargo sintieron el vacío tan pronto cruzaron la puerta. Les habían dicho que en la tarde del siguiente día le podían dar de alta, pero su padre ya no estaba a pesar de que parecía simplemente dormido. Entendieron que era hora de continuar su destino sin él, pues la muerte que culminaba la vida de él, solo era parte de la de ellos.

Pues bien, mientras escribo estas líneas, tratando de contar la historia de mi padre, don José María Herrera, me doy cuenta de que nunca murió, pues se encargó de dejar en nosotros su más importante legado, ser polvorero. Cada vez que fabrico voladores, granadas o carcasas, elaboro castillos y presento espectáculos, lo veo a él mostrándome cómo cortar el chin, cómo pegarle al taco con la maseta, cómo dirigir mis trabajadores, cómo negociar con los clientes, cómo vivir junto a la pólvora. De tal modo que aunque su corazón no sigue latiendo, sí lo hace su alma de polvorero.